

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
STACKS

NOTICE: Return or renew all Library Materials! The *Minimum Fee* for each Lost Book is \$50.00.

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.
To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

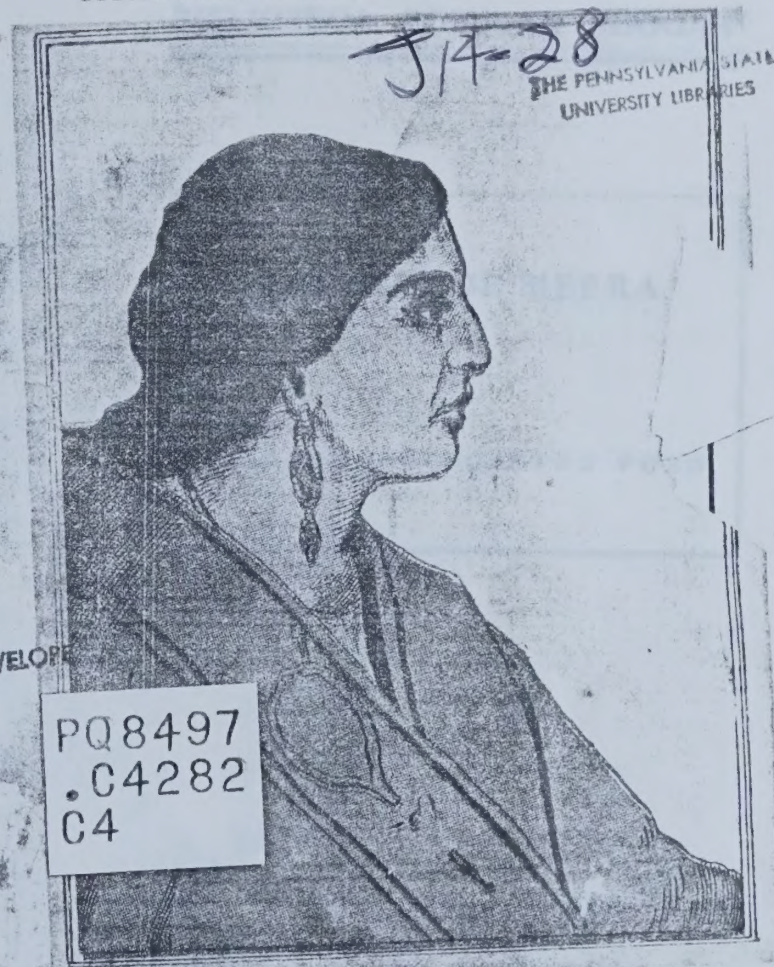
MAY 20 1998

NOV 09 1998

CELAJES DE SIERRA

(Leyendas y cuentos andinos)

HILDEBRANDO CASTRO POZO



ENVELOPE

PQ8497
.C4282
C4

Biblioteca Popular "Hogar" REYES

50 Cts.

AD DE LOS
AÑO M 1923

BIBLIOTECA POPULAR "HOGAR"

CELAJES DE SIERRA

por

HILDEBRANDO CASTRO POZO

CIUDAD DE LOS CAJES DEL PERU
AÑO MC

Q. 869.5

C2793C

1987

Es propiedad exclusiva de la
Biblioteca Popular «Hogar»

Dedico estas primicias al melancólico recuerdo de mi madre, doña Flora. Ella supo, en un arranque supremo de heroicidad espartana, sacrificar sus maternales afectos en aras del porvenir que soñó para los suyos. Abnegada y heroica, ríndole así tributo de amor y admiración a su memoria.

LITERATURA NACIONAL

El distinguido joven Hildebrando Castro Pozo, piurano—y le llamamos distinguido, porque es bueno, y porque es de talento—ha querido favorecernos pidiéndonos, así, algo como prólogo, para su tomo de leyendas y cuentos andinos, que ha bautizado con el poético título de “Celajes de Sierra”.

No vamos a escribir crítica; vamos, simple y sencillamente, a dejar constancia del encausamiento que va tomando el arte en sus diferentes manifestaciones: al fin se quiere hacer arte peruano, como las repúblicas todas están elaborando el que corresponde a su respectiva nacionalidad.

Desde las leyendas americanistas de la ilustre argentina Juana Manuela Go-

rriti en su colección de "Sueños y Realidades", no habíamos tenido más espirituales, fantásticas y sencillas leyendas, hasta estas del joven escritor, que, con llaneza y poético sentir, regala a sus lectores con este delicado volumen.

El joven escritor, enfilado así en la falange nueva, tiene todas las condiciones requeridas para destacarse con brillo: lleva en el alma todo el cariño por lo propio; la visual para lo que es bello; y el entusiasmo y la cultura que necesita todo Arte.

Nuestro parabien; y el legítimo orgullo del creyente en un arte peruano, cuyos alcances se pueden presentir muy grandes y muy superiores al de muchas de las cinco partes del globo.

El Perú ha de llegar a ser coloso en todo: nada de lo que fué gigantesco, nacio y creció en un soplo,

ABELARDO M. GAMARRA.

ASENCIONA

I

Notable, portentosamente notable, era Ascenciona la más hermosa "huambra" que ha pisado el inclemente suelo de estas sierras.

Regordeta, casi blanca y de facciones regulares; ojos negros, muy vivos y de natural expresivo; los mozos la buscaban para amarla en todas las fiestas y santos donde estuviera; y las otras la miraban con envidia, ya que se quedaban solas, puesto que todos los galanes eran de ella.

Jamás se la vió otro vestido que un amplio faldellín negro sobre otro morado; "huatrehuco" a listas; monillo bordado con seda, en el que resaltaban los pensamientos negros y amarillos y los soberbios crisantemos rojos que, bajo la "llicila" azul profundo, como el cielo de su tierra, semejaba un jardincillo en una mañana de primavera.

—Ascenciona, eres bella—decíanla sus adoradores, y Ascenciona se sonreía y continuaba caminando, haciendo girar, inconscientemente, el "shueshu" entre sus menudos dedos.

En una oportunidad, un ignorado se acercó a la ventanilla de su cuarto y, mientras las estrellas parpadeaban en el cielo; las casuchas del pueblo, sumidas en la obscuridad y el silencio, se despertaban al metálico ladrido de los perros; el ignorado, acabando de templar su charango, entre las oscuras sombras de la noche, le cantó:

En la montaña, Ascenciona,
donde desde niño,
no he visto como tu boca
ninguna flor.

Dientecillos
tan blancos como los tuyos
mis ojos tampoco han visto.....
¡Qué he despancado en el mundo
los chochos más tiernecitos,
cuyos granos a las perlas
se semejan!!

*
* *

Ascenciona hermosa, hermosa
como no hay otra en la tierra,
se dulce, se compasiva
como la Virgen; risueña
a mi silencio y desdichas
se Ascenciona..... ¡Qué no puedas
pagarme tantas tristezas!!

La ventanilla de Ascenciona, muda al principio del canto, abrióse lentamente y como un gran hostezo de pared que, aburrida, despertara de un profundo y delicado sueño.....

En ojos, tu corazón—continuó el enamorado—,
claros, paros manantiales
de las cordilleras son;
nadie en ellos ha podido
beber el licor divino.....
¡ya que tan sólo es del Sol!!

¡Ah, cómo tus dulces besos
me volvieran pajarillo
para remontar el vuelo.....!
Llegaría hasta los picos
más altos de las montañas,
en busca de tus ojitos,
de tu corazón y tu alma.....!!

Y el enamorado cantor volvió a perderse entre las sombras, quienes tan sólo supieron su nombre, ya que ni la misma Ascenciona lo sabía.

La ventanilla conservóse abierta unos instantes, quizá en espera de una nueva canción, tal vez en escucha de los últimos acordes de la sentida serenata. Pero el cantor, como sus versos, se había desvanecido y ni un rumor ni una pisada indiscreta hablaron de su ida. Ascenciona asomóse y, ávidamente, escudriñó en el seno de la obscuridad.....

¡Nada!..... ¡No había nadie!!

Allá aullaban unos perros lúgubriamente y las estrellas, silenciosas, quedamente seguían parpadeando.....

II

—Debieras de quererle.....; bueno es Roque; trabajador, y nada tiene de celoso.....

—Sí—afirmó la abuela—; tan bueno es, que se parece al perro de la casa: gruñón con los de fuera, cariñoso y fiel con la familia.

—Sería un gracioso matrimonio—continuó la tía—; él es rico y trabajador; tú eres hermosa..... Por lo demás, ¿qué importa que su familia no valga?

—No tanto—dijo rumbiosamente la abuela—, no tanto; su madre fué hija de la prima Mi-quela Chuco; de los *Chucos* que se levantan en masa contra el cura del pueblo y, des-

puésde matarlo, le arrastraron por todas las calles y plazas.

--¿Familia de ellos es?--preguntó Ascensiona.

--De ellos hija, de ellos..... Ya ves cómo no merece tu aborrecimiento.

--Pues no parece.....; tan calladito, tan sonso.....!!

La vieja rió de buena gana las ocurrencias de la nieta, y, sobre la piedra en que, a la entrada de la cocina, estaba sentada, continuó hilando, torciendo y tirando la blanca lana que pendía del copo.

El renegrido fogón, repleto de leña, ardía alegre, respondiéndole con sus cárdenas flamas al soplido de la tía Jerona que, cerca de él, desgranaba maíz en cuclillas, y de vez en cuando le atizaba soplándolo hasta enrojecerlo.

Un hermoso gato negro a los piés de Ascensiona, curvado felinamente, se desperezaba, afilándose las uñas en un saco de quinua, sobre la mugrienta pared recostado; y ella, sobre el poyo, destrenzada, escarmentando sus renegridos cabellos, sonreía maliciosamente.

--Piénsalo bien--continuó la tía Jerona, al par que atizaba el fogón--; no es poco ser familia de los Chucos y, sobre todo, tener dinero y no ser celoso.....

--Oíste tía la serenata que cantaron anoche?

--No es la primera que te dan.

--Sí, he oído varias; pero la de anoche me ha gustado mucho..... De seguro que no ha sido el sonso de Roque!

--Nunca se le oyó cantar--intervino la abuela--. Ni creas, Ascensionita, que eso significa que él es menos que los que cantan.....

Cuando yo era muchacha, como tú....., me gustaban los hombres serios. A los mozos que me daban serenatas no más les sonreía.....

--¡Mamanma!, pero abuelito tocaba la guitarra muy bien..... y yo me acuerdo que en los velorios él cantaba..... casualmente sobre este poyo:

„Clavelina “huaita”.....

y tú, mamanma, bailabas y bailabas como si fueses un trompito.

--Eso pasó, huambra..... eso pasó.....; ya no debes hacérmelo recordar--dijo la vieja, llorosa y dejando de hilar para secarse las lágrimas que, por su arrugado rostro corrían--. Pero no creas.....no creas, muchacha.....no lo creas; mi finado aprendió a tocar cuando ya era mi marido.....; antes no.... antes no sabía tocar.....

--No llores abuelita, no llores..... Mira, mira; allá viene ño Pancho; allá baja con su manada de llamas.....

Efectivamente, hacia la izquierda, lentamente y perdiéndose entre las sinuosidades de la cobriza falda del cerro, bajaba un pastor de llamas y de chanchos.

Parándose aquí y allá, mordiendo a la pasada el verde manojillo de paja y, despreciativamente, mirando el valle, bajaban las llamas.

Llevaban en las orejas, a manera de aretes, manojitos de cordeles verdes, rojos y amarillos.

Los chanchos, hociqueando y gruñendo, seguían a las llamas.....

Talán, talán, talán, talán, talán; talán, talán, talán, talán.....--sonaba roncamente una campana pendiente del cuello del

llama más viejo, que marchaba delante guiando a los otros.

Asenciona salió hacia la esplanada del frente de su casucha y, haciendo bocina con sus menudas manos, llamó: --Ño Panchoooo!..... No Panm..... chooo!

El viejo pastor paróse escuchando. Las quiebras y picachos repercutieron: --Pann-choooo.....!! Qué, ahora que deje sus llamas, venn..... gaaa.....!!-- Concluyó Asenciona y otra vez los cerros la remedaron.

El viejo continuó caminando ladera abajo, perdiéndose entre los repliegues del sendero.

III

Sumamente oscura estaba la noche, pues el cielo, negro como una "lliella" de viuda, amenazaba granizar.

Los zapos y grillos de los vecinos matorrales y charcos poblaban las tinieblas con sus gritos y quejumbres monótonas e interminables.

El fogón, penosa, debilmente ardía, pues que la leña estaba húmeda, lo mismo que la "bosta".

La tía Jerona estaba al pié, renegando con el humo, encendiéndose como una condenada cuando su boca hacía de poderoso fuelle.

"Pichi" ladraba afuera desesperadamente. Era seña inerrable de que alguien se acercaba a la casa.

La abuela se asomó a la puerta, candil en alto y tratando de escudriñar en las tinieblas.

Desgreñada, rugosa y casi verde; encor-

vada y temblona, abrigaba su cuerpo con un amplio faldellín de lana roja, camisa de manga hasta la muñeca y "lliella" que fué morada en un tiempo y que hoy, doblada en dos y el color perdido, anudada bajo el apergaminado cuello, sirve para prestar abrigo en la casa.

--Pichi, Pichi, Pichi quién?--preguntó la abuela.

El perro continuó ladrando con más furia, hacía el lado de los corrales.

--Jesús!--dijo la vieja, santiguándose.

--Cierre abuela, cierre; que serán los muertos!--dijo Asenciona halando a la abuela hacia adentro y corriendo la puerta de cañas y pellejos.

--Quién era?

--Nadie tía, nadie..... Como la noche está oscura, quizá los muertos recojen sus pisadas.

--Jesús! Rezaremos hijas, rezaremos.....; la noche está pesada.....!!

--Dió, gracias--oyóse de la parte de afuera.

Silencio absoluto!..... Sorprendidas las tres mujeres, escuchaban.....

--Dió, gracias!--volvió a oírse.

--¿Quién?

--Yo, mamá Jerona; Roque.....

--¡Ave María con el hombre, que nos ha asustado!!

Asenciona se acercó a abrir la puerta, y Roque apareció en el umbral.

Alto, fornido, el color moreno, chaqueta de lana corta, calzón azul de bolsillos remachados y sombrero de amplias alas; los movimientos bruscos y llenos de embarazo, revelaban al minero, al hombre inculto, pero hecho al trabajo.

—Buenas noches, *mama*.

—Buenas las pases, Roque. ¡Nos has dado un susto!!

—Cómo no somos mas que mujeres--añadió la tía--, todo nos da miedo; nos.....

--Calla, tía, que Pichi nos cuida; Pichi es más guapo que todos juntos.....!!— Y Asenciona, al decir esto, con un mohín de su pequeña boca señalaba a Roque que, casi a la entrada, abobado, con el sombrero en la mano y como palpando el filo de sus alas, miraba a la chica con ternura y sin poder apartar de ella sus morenos ojos.

—Siéntate hombre, siéntate.....; allí, sobre el pellejo del poyo.....; está limpio.....

—Si hubiera adivinado--habló Roque--que les iba a producir tanto miedo....., no vengo.

—Es que no fuiste tú solo. Pichi también.....; Pichi, que hasta ahora continúa ladrando.....

Y la conversación, apenas principiada, decayó; languideció hasta el punto de que, distintamente, se oía afuera el susurro del viento entre las hojas.....

—Y que tal--aventuró la tía--te ha ido en las minas? Nos han dicho que el trabajo está bueno; que la paga ha subido.

—Sí, señora, un poco ha subido; pero no tanto como debiera pagarse.

—Continúa siendo cara la vida en Morococho?

—Mucho, *mama-señora*, mucho. La comida en las fondas cuesta, al mes, más de lo que se gana.

—¡Jesús, y cómo vive tanta gente!!

—Así dicen todos, pero es lo cierto que trabajan, viven y muchos vienen con plata

Pichi volvió a ladrar furiosamente. Roque paróse y se dirigió hacia la puerta.

Las mujeres miraban con curiosidad, escuchando.

Hacia el lado del corral, entre las sombras, una luz mortecina parpadeaba, adelantándose en zig-zag hacia la casucha.

—¿Quién va?--enfadadamente preguntó Roque.

—Yo, hombre, yo; el viejo Pancho..... Ya no me conoces?

—¿Qué voy a conocerlo, *taita*, si está la noche más negra, que ni las manos se ven!

—Malos, muy malos ojos te ha dado Dios, Roque..... Hay que ser "pueu" y mirar en la oscuridad tan bien como en el día.

—Ah, *taita* Pancho--salió Asenciona--, conque al fin se acordó de visitar a los pobres?

--Vaya; alcánceme su farolito y lo colgaremos aquí para que nos alumbre la cocina y vernos bien las caras.

—Ah, "huambra", "huambra"! tú siempre alegre, risueña y bromista. ¿Cómo está tu abuela, muchacha?

--Entre Ud., ño Pancho, entre. Ud. no es forastero; *mamañma* está allá.

Taita Pancho entró. Asenciona, acabando de colgar el farol en el quicio de la puerta que daba a la cocina, penetró hacia ésta.

--Pues no creí, *taita*--dijo Roque--que aún pudieses caminar de noche y sin más ayuda que un palo.

--Te admira poco, muchacho; poca hazaña te admira!

--Nosotros--habló la abuela--que somos de buen barro.....!!

—Oh, Toñeta hermana; hermana de mis largos años....., ¿acaso te había visto?

—Es cuestión del parentesco—gritó Asenciona desde la cocina.

—Ja, ja, ja, ja!—ríéronse los viejos casadamente y se saludaron con cariño, como camaradas de antiguo en una misma lucha.

—Jerona, hija, ya los viejos estamos demás en este mundo..... Te lo confesaré a ti, calladito en la oreja: ¡ya no veo como antes; mis ojos también me quieren dejarsolo!—le decía quedamente, al mismo tiempo que pequeñas y cariñosas palmaditas la daba en el hombro.

—No diga eso, *taita*. Está Ud. tan fuerte, tan lleno de vida, que quizá nosotros nos marchemos antes.

—Eso he oído decir siempre—afirmó Roque—y visto que con facilidad se cumple. Los antiguos tienen el pellejo muy duro; en eso se parecen al gato: ¡tienen siete vidas!

—Somos así de raza. ¿Verdad, Toñeta? Mi abuelo vivió más de cien años, pues se acordaba que siendo muchacho estuvo en Lima y presencié ese gran terremoto que duró meses, hasta acabar con toda la población.

—Jesús, *taita*! Y cuándo sería eso?

—Uuy, muchacha; yo ni en pensamiento estaba—habló la abuela—, puesto que mi *mama-scñora*, a quien conocí, no me habló nada; prueba de que no lo supo ni lo oyó decir.

—De modo, *taita* Pancho, que Ud. es más viejo que todos nosotros, juntos?

—Te diré, hombre, te diré: Era ya mozo que pensaba en casarme con mi difunta primera, cuando los chilenos vinieron por primera vez. Entonces creo que mandaba o quería mandar en Lima el general Santa Cruz.

—Ajá!, yo no me acuerdo de nada de eso,

por lo que debo haber estado muy "chinch-chi".

—Sí, Toñeta; tú eras todavía una alverjilla.... Me parece verte "chiubchi", de "anaquito" largo y rojo, "huatrchuco" floreado y "llella" azul; una mujer pequeñita, como le gustaba vestirse tu difunta madre.

—Así que Ud., *taita*, le lleva a *mama-scñora*, por lo menos, veinte años?

—Más o menos, Roque; pues que antes uno se casaba un poco viejo y no como ahora, de doce años.....

Asenciona entró en aquel momento y habló a su abuela quedamente al oído.

—Comeremos unas papitas—se dirigió a los que estaban.

—Bueno. Aunque ya hice por la vida, no te despreciaremos, "huambra". No, Roque?

—Sí, señor....., puesto que aún no sé cómo se desprecia—contestó éste, mirando con fijeza a Asenciona.

Una pequeña y baja mesita fué puesta al centro; sobre ella un mantel de tocujo deshilachado en los extremos y el furo de *taita* Pancho al medio.

Humeantes las papas, dentro de un hermoso plato de barro, sonreían áureamente por las aberturas de sus pieles requiebradas y parduzeas como la tierra.

En más pequeños platos, pero idénticos al primero, sirvió Asenciona un caldillo de huevos que, prestamente, llenó la estancia con sus olorillos agradables y provocadores hasta *hacer agua la boca*.

—Acérquese, pues, *taita*; Roque..... acérquense—reclamó Jerona, poniendo unos banquitos al pie de la mesa.

Todos fueron hacia ella y se sentaron. Mama Toñeta en un extremo, *taita* Pancho

en el otro, Roque al centro y frente a tía Jerona; todos ligera, diestramente, mondaban las papas con las uñas e iban amontonando las cáscaras al pie de cada uno de sus platos.

—Buena “huambra”, buena “huambra” eres Ascenciona—exclamó el viejo—; tú has preparado este caldillo?

—Sí, señor—dijo, sonriendo, al par que ponía otro plato rebosante de ocas áureas, moradas y amarillas.

—Mi tía me lo enseñó a hacer no ha mucho. Tía Jerona cocina muy sabroso.

—Cuando se come esto, no se muere. ¿No es verdad, *mama-señora*?

—Sí, Roque; tú siempre hablas juiciosamente.

—Mira....., mira, muchacha—decía, sorbo trassorbo, taita Pancho y ladeando el plato para recoger la última cucharada—, así te lo agradezco....., así....., no dejándote nada, a pesar de que ya he merendado.

—Caramba!..... ¡Qué bueno!.....¡qué bueno!..... Desea repetir otro platito?

—No, no, hija, ya no; ¿quieres que de aquí no me mueva?

—Esta tiene gusto; *muy buen sazon tiene*..... Hay veces que vengo del cerco más muerta que viva, ni ganas de comer tengo; pero ella cocina y todo me pasa. ¡Cómo admirablemente tan rica es su comida!!

—Calla, tía, que tú me has enseñado y yo no hago más de lo que te he visto hacer!

—Bueno, bueno, Ascenciona; haznos probar ese ajiaquito que has hecho y ya diremos, ya diremos quién cocina mejor que tú—dijo la abuela.

Ascenciona, alegre siempre y aun más risueña que una aurora, recogió los platos y fué hacia la cocina, para traerlos llenos.

Las papas, las ocas, intertanto, se batián.

Un pequeño platito de madera conteniendo ají molido iba quedándose limpio; pues *mama-señora*, Roque y en general todos, lo echaban a las papas, como si fuera mantequilla, y, deleitosamente, lo saboreaban.

El ajiaquito llegó. Era en verdad un provocativo plato.

Con el mayor placer, entre bromas a Ascenciona, alabanzas a Jerona y recuerdos de lo que fueron los de la mesa, desapareció el famoso ajiaquito, no quedando en los platos ni muestras de él, lo que motivó una reminiscencia de *mama Toñeta*.

—“Una noche como ésta—contaba—, todos los amigos de mi padre habían-venido a visitarlo, con ocasión del bautizo de uno de mis difuntos hermanos.

Me parece verlos: unos sentados, fumando; otros de pie, recostados sobre la pared, emponchados, discutiendo acerca del probable alcalde del pueblo.

Mi padre, con sus más allegados, en una mesa que había al centro, hablaba de las minas y, de vez en cuando, se paraba a obsequiar una copa del líquido de la botella que en la mesa reposaba.

El cuarto, lleno de humo azulejo que se elevaba hacia el techado, olía a aguardiente y agrio de chicha.

Con un vestido que mi madre me había comprado, “*lliclla*” nueva, todo nuevo, yo repartía trozos de pan con gallina a todos los asistentes. Los mozos me miraban y decían que estaba bella. De repente, dentro el nublado de la noche, se oyeron unas queñas, unas tristesísimas queñas que lloraban lastimeramente y a todos los que allí estaban lla-

maron la atención..... Bueno; mi padre se paró, avanzó hacia la puerta y, una vez que concluyeron el yaraví, los invitó a que pasaran. Ninguno de los tocadores—pues fueron dos—era nuestro conocido.

Sin embargo les obsequió mi padre cuanto hubo; que no pasó de chicha, aguardiente y coca, pues todo se había concluido, hasta la cancha.

Mi *mama* les dijo se quedaran, que iba a hacerles preparar algo, pero no quisieron; eran caminantes; venían de no sé qué tierra y pasaban a Huancayo.

Volvieron a tocar a solicitud general. El más viejo, que era un anciano de barba tupida y muy blanca, tocaba con tanta tristeza, que a él mismo se le caían las lágrimas. Todos nos quedamos llorosos y tristes. Después supimos que en la "Quebrada Honda" a ambos les habían dado muerte!!

—Si se quedan entre vosotros, de seguro —dijo Roque—que no les dan la muerte.

—¡Pobrecitos! No, *mamama*?

—¡Pobres, hija, pobres hombres! Quizá desde qué parte vendrían!!

Y así concluyó la cena aquella; y cuando la noche era más negra, pues que amenazaba llover, los dos hombres se retiraron a sus casas, siguiendo las tapias del redil."

Asunciona, que cerraba la puerta mirando al trasluz de las cañas, veía cómo ambos se perdían entre las nieblas y cómo la lucecita del farol de taita Panchito, tambaleante y entrojecida, sentaba un *cocuyo* inmenso que le estuviera haciendo guiños.....

IV

Era muy mañanita.

Nublado el cielo, como si en él pastaran millares de mugrientas ovejas, aún escaseaba la luz en los campos vagorosos y lejanas cordilleras, coronadas de albas nubecillas albayaldosas, y pálida, desteñida, cual si procediera de una aurora icteriosa, bañaba todas las cosas lastimera y tristemente, como desalentada de que no despertaran a su paso.....

Las casuchas del pueblo abrían sus ventanas y puertas; tal que si bostezaran con sueño.

Engeridas, como pájaros esponjados, marchaban las "huambras" al chorro y a los puquios en busca de agua.

Con el porongo a la espalda y las manos sobre el pecho, buscando abrigo, amarillentas y mechosas, aún con la huella del sudor de ayer sobre la faz y los labios verdes de la coca que "chaccharon", caminan descalzas, temblorosas por el frío de la madrugada.

Allí los gañanes iban arreando los bueyes al uncidero, a fin de ayuntarlos e ir a continuar la labor de arar el suelo; acullá los dueños de vacas les lavaban los ubres y, puesta la negra olla bajo la voluminosa panza del animal, principiaban a ordeñarlas lenta y conscientemente, levantando en el depósito, a cada chorro de blanca leche, un borbotón de espuma.

Oyé....., Juanachanó!— se percibía en el corral vecino—, saca el ternero, que "La Negra" ha escondido la leche.....

Y el ternero salía impetuoso, balando.....
"La Negra" estaba allí, manatiada, vuelta

la cornúgera cabeza hacia el hijuelo, mugiendo tristemente.

La boca del goloso se llenaba de espuma. Las manos del ordeñador le quitaban la teta que mamaba; le escondían la que mamó; le daban la otra..... Así..., así.....todas debía probar, a fin de que "La Negra" soltara lo escondido.

El ambiente llenecito estaba de mugidos; el helado viento de la mañana llevaba entre sus alas cantos de gallos, trinar de pajarillos y balidos de toros y de ovejas.

Allá marchaban aquellas a sus cercos, a comenzar la cosecha.

Iban cargadas con todo el material de sus casas: baneos, ollas, mantas, y, auestas, los hijos y las gallinas en el "quipe". Los chanchos y las ovejas arreados por delante.

Entre éstas, iban: mamá Toñeta, con un pequeño "quipe" en la espalda e hilando siempre; tía Jerona también con su "quipe" y arreando un burro cargado de gallinas, y Ascenciona, con una varita en la diestra, tras unos carneritos, panzones y triscadores que continuamente trataban de separarse del camino.

Las casitas del pueblo aún se miraban borrosas; el humo de sus cocinas, elevándose, azul, hacia las nubes, se desgarraba en mil girones, desvaneciéndose pausadamente. La aurora comenzaba a rayar, coloreando el cielo.

Mamá Toñeta, que hasta entonces no había despegado los labios, a semejanza de los pájaros se volvió parlera; comenzó a tararear "La canción del amanecer"; aquella que cantan los caminantes, las viejas cuando hilan o las mozas cuando hacen sus quehaceres.

Una de sus estrofas reza:

Lucerito claro,
como gota de agua,
tú que has madrugado
tras esas montañas;
Dime, no la has visto
subiendo esas faldas,
camino a las punas
a pastar sus vacas?

Ascenciona acompañó la tonadilla, haciendo eco a su abuela, muy quedito y muy triste.

Las tres se apartaron del camino grande, hacía un recodo, de donde, apenas trillado, partía el estrecho sendero que las debía conducir al cerco.

Claro ya el día, el valle y las faldas de los cercanos cerros mostraban sus rubios trigales, levemente mecidos como erizados al soplo de la brisa.

Despejándose el cielo, limpiándose de las grisáceas nubes que lo cubrían, se le miraban trozos azules y profundos, como asomándose entre los harapos de que estaba vestido.

—Hermosa mañana, tía—dijo Ascenciona.

—Muy bonita!

—Y quién creyera que se hubiese compuestó! Tan fría, tan nublada como estuvo! ¡En la costa he oído un verso que me parece lo ha sacado uno que siempre dijo verdad y mentira al mismo tiempo. Con él siempre me hacían aburrir.

—¿Cómo es ese verso?—dijo la abuela, parando de torcer la lana.

—Dice así..... Pero no te molestes, abuelita!.....

—Dilo *nomás*, hija. ¿Por qué ha de molestarme un verso?

—Bueno, óyelo y ya verás.....

Y Ascenciona, sonriendo picarescamente y guiñando un ojo a la tía, dijo: "Celajes de

sierra, cojera de perro y lágrimas de mujer: no hay que creer".

—Y por qué dicen en la costa eso?

—Cuando uno llora dicen eso; cuando está claro el cielo y, de un momento a otro se nubla y llueve, aquí en la sierra también lo dicen.

—Eso es cuestión de tierra; siempre se ha dicho que los costeños no nos pueden ver a nosotras las serranas.

—Qué tontera, tía! No me parece así. No abuela?

—Huum!, sabe Dios qué querrán decir con eso de: "Patulequera de perro y lágrimas de mujer"..... ¡Sábelo Dios!

Asenciona se rió con franqueza, a carcajada tendida y libre como el aleteo de un ave.

—Qué abuelita! Patulequera de perro, ¿no?.....— Y volvía a reirse tambaleante, cogiéndose con ambas manos el vientre tal como si estuviera embriagada.

—Ah!, loca, loca—decía mama Toñeta—; ojalá que siempre estés así y nunca llores.....

El sol ascendía tras las cumbres pompomamente, tal que si fuera un león; las nubes, policromas vírgenes del Inti, vestían sus mejores galas.

Los trigales, áureos y rumorosos, se esca- rapelaban al leve soplo de un vientecillo fresco; la tierra, hecha retazos, se extendía, quiebra adentro, hacia las azules cordilleras.

Allá estaba el cerco, aquel trocico amarillito de maíz. Y aquel otro de al pie, en que venta el trigo sus espigas y las habas, las ocas, los ollucos alternan en los surcos, también es de Toñeta.

—Ush!, ush!, ush!--arreaba Asenciona los carnerillos golosos y tragones, que no des-

perdiciaban la ocasión de triscar, romper las ramas y meterse en los ajenos sembrados.

—No te parece Jerona, hija, que debiéramos empezar la cosecha por el cerco de maíz?

—Tú dirás, *mama-señora*; a mí me da lo mismo.

—Lo dirá Asenciona..... ¡Uy, "huambra"! oye acá, que he de hablarte.

—Qué hay?—dijo Asenciona, quien llegó corriendo.

—No te parece que hemos de cosechar primero el maíz?

—Sí, *mamanma*, sin perjuicio de sacar oquitas para la tarde.

—Yo y tu tía cortaremos, haciendo, a la vez, tercios; tú cargarás para hacer *pilo*, pues que eres muchacha y tienes más resistencia que nosotras.

—Como gusten; si quieren yo corto y ustedes cargan. ¡Ya verán cómo les doy que hacer!!

—Entonces, arrea hacia el cerco de maíz; allí haremos o compoundremos la casuca.

Obedeció Asenciona.

El maíz, amarillento, ya maduro, eñtonaba la canción de los susurros, monótona y rumorosa.

Los pájaros volaban espantados, lanzando gritos los unos, repiqueteando las alas, los otros.

La chosica estaba allí, en aquel rincónito y como escondida entre el maíz.

Al verla, Asenciona corrió hacia ella, dejando solos a los carnerillos, que se metieron entre el maíz, comiendo á sus anchas.

—Hay que parcharla; ¡huum!, hay que componerle el techo, pues el viento se ha llevado más de la mitad—decía Asenciona, a medida que observaba la choza, baja, de caña de

maíz, medio verdosa y en la que apenas cabrían cuatro personas.

Toñeta y Jerona llegaron, comenzando a descargar sus "quipes" y soltando las gallinas que, alegremente, se sacudían e internaban al maizal por buscarse la vida.

En un instante el cuartucho estuvo limpio. Las ramas y hojarascas que impedían el paso fueron cogidas y con la misma amontonadas hacia un lado.

Un manojillo de cañuecas de trigo hizo de escoba y la casucha quedó habitable gracias al hacendoso conjuro de Ascenciona.

—Aquí haremos la cocina, no mamá?

—No tan lejos, *hijacha*; no tan lejos, ya que debemos cuidar no se *prenda* el maizal.

—Aquí entonces, en este costadito; la flama irá siempre a favor del viento.

Y mientras Ascenciona arreglaba el fogón, tía Jerona acababa de desatar las gallinas, acomodaba dentro de la choza todo lo que habían traído y se preparaba a ayudar a mamá Toñeta, quien remendaba la casa con cañas de maíz, entrelazándolas con cabuya.

En un abrir y cerrar de ojos todo estuvo listo. Hasta el humo, como oración azulosa que el dios del fuego tributa al Inti antes de consumir el sacrificio, comenzó a elevarse lento y vagoroso hacia el cielo, donde desaparecía.

—Tomaremos café, mis señoras, y ya veremos el tiempo en que debemos comenzar la tarea—dijo risueñamente Ascenciona.

—Tú harás el café, "huambrita" mía; nosotras cortaremos mientras tanto.

—Da lo mismo, *mama-señora*; lo hacía para que descansen un momento.

Y todas comenzaron a trabajar, según se habían propuesto por la mañana; y cuando

llegó la tarde y, anaranjado, el Sol descendía tras las cumbres, el trocico de tierra estaba limpio, pues que en dos grandes *pilos*, frente a la choza, el maíz estaba amontonado.

V

—Mañana despancaremos; el lunes comenzemos con las ocas y ollucos..... Mientras se seca el maíz, orcan las ocas..... ¡Uhl!, demás estamos el sábado en la otra casa.

—No importaría, *mama-señora*, que dejemos de ir el domingo entrante a la feria con tal de que concluyamos todo.

—Dices bien—añadió Jerona—, pero *mama-señora* tiene que hacer en la otra casa el domingo.

—Ustedes verán. Me parece que el tiempo es corto y nadie nos apura.

—Por qué callarte, Ascencionita, lo que tanto deseo; por qué callarte lo que tienes que saber.....

—Sí, pues; ella debe saberlo; ya no hay remedio, *mamacha*.

—Roque—prosiguió la abuela—es buen muchacho.....

—Ya, mamanma, ya; Roque es buen muchacho y quieres que se case conmigo..... Pero la cosa es, tía Jerona, *mama-señora*, que ustedes quieren casarme con un hombre que no me quiere, ni yo tampoco quiero.....

—¡Cómo ha de ser, hijita; mamita, como ha de ser eso! ¡Si él mismo me ha dicho que quiere casarse contigo; él mismo me lo ha dicho!!

—Es gracioso—replicó Ascenciona, pensativa—que ustedes sepan que él me quiere por

mujer, y yo ni siquiera le haya oído *ladrar* que soy bonita, que por mí está triste.

—No te molestes, *hijacha*, con tu madre; no te molestes..... Si quiero que con él te cases, es porque es buen muchacho. En el pueblo no hay otro quien le iguale; no lo hay.....

—Es verdad lo que *mamauma* te habla. En todo el pueblo—continuó Jerona—, y aun mil “*tupus*” a la redonda, no podrás encontrar un solo marido como él; tan formal, trabajador y honrado. ¿No habéis visto como a la Chabela, su marido de no hacía más que dos días, la hizo desollar un carnero a punta de palos y la pobresica tuvo que pedir socorro a los vecinos, puesto que el otro también la desollaba? A tu amiga la *reilona*, ¿no te acuerdas lo que le pasó por haberse levantado con los zapatos nuevos al día siguiente de casada? Y éstos, Felipe y el Nicolás, estuvieron en Lima y saben cantar e ir por esas calles de Dios *serenatiando* hasta a los perros. Querrás, pues, casarte con uno de sus iguales, para que te desuelen al segundo día, como a la Chabela, o más antes te cuelguen de los moños y den tanto puñete, como a tu amiga la *reilona* que buscó hombre de cuello y *chalecote*.

—Ay!, sí, mi Asencionita—suspiró la abuela—; muchas, muchas cosas se ven hoy que en mis tiempos no existían..... Felizmente tú sabes des pellejar un carnero y eres juiciosa para no dejar de ponerte tus zapatos viejos.....

—Y sobre todo, *mamauma*, sobre todo que Roque no había de obligarla a hacer tales cosas; a él le gusta trabajar. ¿Acaso es como estos maridos—como fué el mío—que están esperanzados a que la mujer les haga todo?

—No dices mal, tía; veo que quizá por mi

causa te molestas buscándome un buen marido, como afirmas que es Roque. Pero todo aquello no es lo principal. ¿De qué valdría que ustedes quieran casarme con él, cuando no lo desea éste ni yo tampoco? He oído decir que el casamiento se hace y debe hacerse cuando ambos se deseen, se amen ambos. Yo no quiero a Roque; y no le quiero ni puedo quererlo, porque él nunca me ha dicho nada, porque las veces que me ha visto sólo se ha contentado con mirarme....., como un borracho tonto....., como un toro.....; ¿qué, pues, qué me ha dicho Roque?

—Pero a nosotras nos lo ha dicho, “*huambra*”; a nosotras nos ha dicho que quiere ser tu marido—gritaron, a la vez, abuela y tía.

—Lo que quiere decir que con alguna de ustedes quiere casarse, pero no conmigo.....—Y Asenciona, antes de que pudieran responderla, de un salto estuvo fuera de la choza, donde el maíz, apilado, guardaba el secreto de sus polícromas mazorcas, y la Luna, plácidamente, volcaba el ánfora misteriosa de sus plateadas y serenas sonrisas.

Miró, suspirando, en torno suyo y fué a sentarse sobre la menuda y fosforescente arena de una pampilla, hacia la izquierda.

—Casarse conmigo....., el muy tonto!—exclamaba Asenciona; y Roque, fornido, con su mirar francote y sus manazas, como si persiguiera algo en el ribete del sombrero, se apartó a sus ojos distintamente y como lo viera entrar aquella noche que las asustara.

Era evidente; Roque estaba enamorado de ella; sus ojos se lo decían; sus ojos que, ahora venía a caer en cuenta, no eran tan aborregados como ella los creía..... Sin embargo, él no la había dicho que la amaba.....

La Luna, serena, apaciblemente empapa-

ba las cosas en la tristeza infinita de su luz azogosa.

Los cerros, lejanos y azulosos, reverberaban; el valle, retazado en mil trozos, susurraba rumorosa, blandamente, cual si vistiera seda.

Una secreta y misteriosa analogía del alma con la naturaleza existe. La meditación y el ensueño son los fenómenos que mas las acercan.

Corría la noche y Asenciona parecía no darse cuenta de ello. Ya que pensaba, hacía destilar en su memoria los menores hechos de su vida; sobre todo la serenata aquella que una noche le diera un cantor solo, a quien no había podido conocer ni olvidar un instante.

—Quién sería?..... No debe ser del pueblo, es verdad; que si no, todas las noches se habrían repetido; ella hubiera tenido oportunidad de conocerlo, y.....el bueno de Roque hoy no la molestaría, ofreciéndole casarse con ella.....

Allá ladraban los perros del pueblo, allá ladraban..... ¿Acaso se habrá muerto o ausentado aquel que amor le cantara ante la ventana de su cuarto? "

.....Las estrellas no son tan brillantes cuando hay Luna..... Aquel cerro aún conserva este lado obscuro; la Luna se ha enojado con él y no lo mira.....

Las agudas y tristesimas notas de un acorde llegaron en las alas del viento a sus oídos. Asenciona escuchó. Era una *triste*, tocada en transporte.

La prima se deshacía en lamentos. Jamás la voz humana podría imitar tales y tan delicadas inflecciones. El bordonero, cascado y tembloroso, semejaba un ruego: se di-

ría la desesperación infinita del que clama sin ser escuchado, del que implora un consuelo, una esperanza, en vano.

La música es el dolor de quienes sufren; el freno de los que rien; la revivición intensa de toda pesadumbre fenecida.

Asenciona escuchaba....., escuchaba como si la lejana vihuela estuviese llorando su tristeza.

"Muerto yo,"—gemían las cuerdas
 "muerto yo, tú llorarás
 "el error de haber perdido
 "un alma fina;
 "Y aún muerto sabrá vengarse
 "este misero viviente
 "que hoy tiranizas".

Y el viento, caprichoso y parlero, llevó e el alado yaraví hacia otros rumbos; y la tristeza de la noche se imponía misteriosa, repleta de rumores de hojas, de chirridos y pausado aletear de aves nocturnas.

Los árboles en la vega parecían encantados; la inmovilidad absoluta de sus hojas les prestaba aquella especie de éxtasis en que se sumían a la luz de la Luna.

"Muerto yo,"—volvió a traer el viento—"muerto yo, tú llorarás".....—, y el final desvaneciéndose en el misterio de la noche.

Un inmenso dolor sintió Asenciona. Oprimido el pecho y palpitante en él su anhelante corazoncito, no pudo reprimir el lloro que asomaba a sus ojos, la sollozante queja que a sus labios subió, cual borbotón, desde su alma.

—Ah, triste, triste.....—dolorosamente gimió—, si será él, que ha regresado.....; si será él mismo, que a otra canta?

Asenciona, que bromando y riendo hubo

pasado el trozo de su vida, hoy lloraba, lloraba como un niño por alguien a quien ni siquiera conocía.....

VI

Dormida en el silencio de la noche, florida de estrellas y sin Luna, dormida la aldea, olvidaba las fatigas del trabajo, la algazara de sus cosechas.

La obscuridad reinaba en sus callejuelas polvorosas; la obscuridad y el reposo.

De vez en cuando, algún perro salía al encuentro de alguno que pasaba, ladrando furiosamente y despertando al dormido vecindario de otros perros, que trataban de cerrarle el paso y detenerle. Las casas, sin luz y silenciosas, parecían deshabitadas. Sólo el tropel del rebaño que se asusta en los corrales y el sonoro rebuzno de algún jumento, turbaban la soledad de esa noche aldeana.

Allá, la plaza de armas estaba bajo el claror de las estrellas, soñolienta.

El cabildo, remedo arquitectónico colonial, se elevaba hacia la izquierda, a medias hecho. Sin puertas, sin ventanas y los toscos balcones en esqueleto, dormía la perseverancia de sus constructores.

Aquel grupo de casas, con sus paredones renegridos, cupenachados de "chahuales", se esfumaba en la densa obscuridad de la lejana sombra. Mas allá se extendían las quiebras hacia las faldas de los más distantes cerros, renegridos, en cuyos vagorosos flancos cobijábase otra aldea.

La casa de Asenciona está allí solitaria, más amiga del campo que del pueblo.

Por la ventanilla que daba hacia éste,

ténueamente filtrábase la única luz de aquella aldea.

Allá, fieramente ladra un perro; sus gritos repercuten en las calles desiertas, en los cerros.

¿Quién transita a estas horas? ¿Quién se atreve a vagar por estas calles?

En los pueblos pequeños de la sierra no hay cosas que se dejen para hacer de noche, pues todas las labores se ejecutan en el día, ya sea en calles, cerros y caminos.

La ventanilla de Asenciona abrióse presto; la luz roja asomóse hacia la noche, parpadeante, cual si tratara de dormirse.

Allí estaba la "huambra", arrodillada sobre el filo de la vieja tarima que usara de lecho.

Ojerosa, pálida y tristecilla, sus ojos fervorosamente imploraban a una Virgen del Carmen que pendía de la pared, a cuyo pie y honor marchitábase, sobre una repiza, un hermoso ramo de violetas y pensamientos, y se consumía el aceite de una lamparilla, que era la que iluminaba el cuarto.

—"Dios te salve Reina y madre,"—susurraban sus labios dulcemente, y sus ojos, sus manos daban a la plegaria el fervor doloroso de una queja, de una súplica tierna.....—"vida y dulzura, esperanza nuestra,"—volvía a oír, con un suspiro..... Y la estancia, llena de sombras y visajes rojizos, llenábase también de los rumores del rezo y de la noche.

Mas, he aquí que "Pichi" está despierto y ladra afuera, y, de entre la sombra rumorosa de la calle, se elevan hacia la ventana de Asenciona los alados acordes de una muy sentida serenata.

Sí!....., no había duda; era la misma voz, el mismo canto..... ¿Quién pudiera ser que

así cantara; que viniera tan tarde; al tanto tiempo, a decirle su amor, quizá por última vez, puesto que tenía el presentimiento de jamás volver a oírle?

Y Asenciona, así pensando, dejó de rezar, apagó la lamparilla y, quedamente, llegóse a la ventana.

"Tus ojos, tu corazón, -continuaba el cantor,
"claros, puros, manantiales
"de las cordilleras son;
"nadie en ellos ha podido
"beber el licor divino
"ya que tan sólo es del Sol.....!"

Ah!--suspiró Asenciona--, ¿quién me diera un rayito de luz para mirarle?

Y oprimidos su corazón y su alma, quisieron gritarle que le amaban.

"Ah, cómo tus dulces besos
"no volvieran pajarillo
"para remontar el vuelo.....!
"llegaría hasta los picos
"más altos de las montañas,
"en bucca de tus ojitos
"de tu corazón y de tu alma.....!"

Terminó la canción y aún el charango concluía, modulando las últimas notas del acompañamiento, cuando Asenciona, creyendo que el misterioso galán iría a esfumarse, como la otra vez, entre las sombras para jamás volver, subióse prestamente en la ventana y, antes de que pudiese refleccionar la aventura, se descolgó hacia la calle, cayendo, felizmente, en los brazos del venturoso.

—¡Ah, mi encanto, mi adorable Asencional, ¿eres tan buena?

—¿Quién?..... Me conoces?..... ¿Y cómo yo no sé ni siquiera tu nombre?... Sin em-

bargo, ya vez que te amo porque sabes cantar, porque me quieres y has vuelto.....—contestó Asenciona.

—Que no me conoces? ¿Acaso no soy el que te adora, el que por tí se está muriendo?..... Roque.....

—¿Quién?..... Roque..... ¡Dios mío!.....—murmuró Asenciona, deshaciéndose de los brazos de éste y corriendo hacia el postigo de la casa, que se abrió de un empujón.

—¡Asencional!..... ¡Asencional!--clamó Roque--, ¿seré tan desdichado que tan sólo mi nombre la haga huir de mis brazos?

Y, bajo la ventanilla de su amada, quedóse pensativo, la barba sobre el pecho, como quien meditara en el silencio y a la luz de un cielo florecido de estrellas y sin Luna.

Un ramito de violetas y pensamientos, que cayó sobre las amplias alas de su sombrero, le trajeron la vida y la esperanza.

POR QUE LA MONTAÑA SE QUEDO AL OTRO LADO DE LA CADENA ORIENTAL

Cuenta la leyenda que ha muchos años, cuando aún se estaba constituyendo el mundo, existía un *dios chuncho*, cuyo nombre no conserva la tradición, el cual vivía en la montaña del lado de Chanchamayo, donde hubo plantado sus reales, en espera del florecimiento de todos los grandes bosques que había sembrado desde el Atlántico hasta el pie de la cordillera oriental.

Este famoso taumaturgo chuncho tenía su mujer y un hermoso vástago de su divina prosapia. Ella también era chuncha y sumamente hermosa.

■
* *

El chuncho estaba inquieto. Las semillas se le habían terminado y, con la impaciencia del que no sabe esperar, todas las mañanas se levantaba, antes de que el Sol naciera, trepaba al árbol más alto y desde allí con-

templaba el engendramiento de las yemas por la luz solar.

Era su único contento, su esperanza summa..... Pronto los grandes bosques avanzarían hasta la cumbre de la cordillera oriental y de allí descenderían, como un torrente, hasta el valle de *Sausa*.....

Una mañana tibia y nublada, pues que los páramos quedamente se elevaban sobre las altas copas de los más corpulentos pinos y "hualtacos"; una mañana se levantó más temprano que nunca y fué a contemplar la salida del Sol y la fecundación de las yemas de los "quishuares", únicas que faltaban engendrar..... ¡Una flor!, qué sorpresa!....., la primera flor de nuestros inmensos bosques orientales!.....

El dios chuncho se volvió loco de contento; se olvidó que tenía mujer e hijo; de que, al salir de su casa, les hubo dejado un tierno beso: a ella entre los dulces labios sonrientes, y a él sobre la tersa frente, aún dormida..... Cogió la rama y, con ferviente devoción, besó la flor.....

Triste beso!.....; la corola se marchitó; se cayeron los pétalos y el ovario principió a crecer.....

Portento y maravillas!.....; el ovario, fecundo, produjo una hermosa fruta que con otro beso concluyó de madurar y se abrió como una granada repleta de encarnados granos.

El chuncho cogiólas con temblorosa mano y, orientándose hacia el valle de *Sausa*, echó a andar arrojando la simiente cosechada.....

*
* *

Entretanto, se despertó el chunchito y comenzó a llorar: --"Taitay, ha florecido el bosque"--decía incesantemente--, "Taitay; Taitay, no me has traído las flores".....

La chuncha temió el abandono, y, como ya era tarde y su marido no parecía, echándose el chiquillo a la espalda, resolvió salir y buscarlo.....

*
* *

Aquí una semilla; ahí otra; más allá un rastro, un arañón en la roca viva, una simiente germinando.....

No había duda; el chuncho la dejaba abandonada y se iba..... ¡Maldito chuncho!.....

Se estremeció la montaña; un trueno horrendo repercutió en todas sus quebradas y la chuncha enmudeció, convirtiéndose en piedra.....

La maldición produjo sus efectos para ambos.

Aún se les puede ver en el camino de la montaña: a él parado, en actitud airada; a ella, más abajo y casi a la salida del bosque, sentada y hecha piedra con el niño en los brazos.....

--Si no hubiera sido por la chuncha, montaña sería todo el valle de *Sausa*!.....

DANZA MACABRA

—Yo los he visto, mama.....; yo, mama-cha....., con estos ojos que no saben engañarme.....

Así, al calor de la lumbre y casi rodeando el fogón que está al medio del cuarto, los unos en cuclillas y los otros sentados sobre los talones; éstos, con el mate a medio vaciar y en la mano, y aquellos, con la cuchara en suspenso, boquiabiertos y asombrados los ojos; así escucharon la afirmación de Limachi, que los dejó intranquilos, cortada la respiración y temblorosos.

--Yo venía--continuó Limachi, con voz insegura--, yo venía caminito adentro, hacia la acequia grande.

Cantaba y cantaba.....; no sabía por qué cantaba.....

Mirando a los costados del camino, me pareció ver sombras, que se agachaban....., se ocultaban de mí.

Pasos blanditos me seguían atrás..... Ah, mamacha, mamacha.....! la noche estaba preñada de quejidos.....; sus sombras sollozaban; sollozaban las sombras de la noche!...

Los circunstantes, poniendo los mates en

el suelo y juntándose unos a otros, formaron más estrecho círculo alrededor de Limachi, que, en cuclillas, cerca al fogón y mirando hacia los penumbrosos rincones, parecía espiar algo.

—El camino se me escondía.....; aquí, allá saltaba culebreando; y luego, perdido entre los matorrales, *no se dejaba encontrar*.....

El agua bramaba; la acequia estaba llena. Los sauces frondosos y murmurones, al parecer tenían; pues todo su follaje se escarpaba y estremecía rumorosamente.....

El agua gemía.....; al pasar cerca a los sauces, distintamente le oí que sollozaba.....

¡Ay, mamacha; yo cantaba.....; yo no sé por qué cantaba!

Avancé hacia el claro que dejan los sauces, por donde entramos a sacar agua.

La noche era más negra por aquel sitio; no se veía nada. Los camellones estaban escondidos en las tinieblas; tan sólo el agua murmuraba y gemía.....

Trac!—una rama que se quiebra, hacia la derecha.

El cántaro descuélgaseme de las manos y rueda por los camellones, hacia la acequia.....

¡Ah, mi pobre cantarico!.....

Como pisadas cuidadosas sobre la hojarasca, se oyen por allá.....

Alguien se acerca..... ¿Quién será? Si vinieran del pueblo, si vinieran!.....

Nadie..... Sin duda el macanche pasaba.....

Trac!—otra rama que se rompe, otra rama.....

Un "pincullo" se oye hacia lo lejos; un "pincullo" que alegremente tocan.

El tambor, destemplado y con la cerda

floja, rumorosamente apaga los agudos sonidos de la danza, de la danza que tocan.

Allá una candelita; allá otra....., y muchas más, que parece salieran de entre las ramas.....

Y el "pincullo" llora....., y el tambor retumba....., y las lucecillas parecen que danzan el baile de las estrellas.....

El bosque de sauces, negro y rumoroso, serenamente contemplaba el baile.....

Ah!; el "pincullo" y el tambor se acercaban..... Pero no había gente....; mas que un rumor se oía.....; como de avispas, como de hojas que hablaran en voz baja.....

Y rodaba el palo sobre el parche flojo.....; la cerda rozaba, la cerda zumbaba.

Mas, ah!, que las ramas se apartan y aparecen.....

Son guerreros, guerreros con cascos y monteras de piel y plumas.

Llevan en las manos una especie de flecha, que arde, que chisporrotea triste y debilmente.....

Sus pasos son sordos; apenas se sienten.....

Vienen, sin duda, embriagados, pues que se tambalean, avanzando de dos en fondo y llevando con los pies y la cabeza el ritmo de la danza.

Ya graves y pausados se mecen; ya, con ligereza y a pasitos cortos, avanzan cantando:

—Qué dulce es la chicha,
qué dulce es la chicha;
después del trabajo
qué fresca, qué rica.....

Sus ojitos negros
semejant los llanos
que desde los cerros
se miran sembrados.

*
* *

—Ah! qué dulce, dulce,
qué dulce es la chicha;
cómo hasta las penas
con élla se olvidan.....

Y el rumor de sus voces se apagaba, y el taconeo de sus talones se oía tan sólo retumbar sordamente....

Cambió el "pincullo"; la danza, de cuasi grave, se hizo ligera y retozona.

Los guerreros, cogiéndose de las manos, formaron una inmensa rueda, dentro de la cual el tocador estaba..... Ah!, el tocador, el tocador, mamacha.....; el tocador que era la muerte, la *misimísima* muerte!.....

Sus canillas, amarillentas y mondas.....; sus canillas, que no eran más que huesos!.....

El uncu flojo, dejaba adivinar el esqueletizado pecho; pues la cabeza se erguía sobre un montón de huecesillos que servían de cuello..... Y la boca y los dientes....., los blancos dientes, sobre la lengua del "pincullo".....; y los dedos, los amarillentos dedos de la huesosa mano, moviéndose sobre los agujeros del "pincullo".....; moviéndose, como las patas de una araña!.....

Ya les iba a gritar, ya iba a hacerles saber a los guerreros el engaño de la muerte, cuando....., ¡ay, mamacha, qué me hijo!.....; también los guerreros son esqueletos....., esqueletos que bailan....., que rumorosamente cantan..... Asidos de las manos, en las que

también llevan las lucesillas, se balancean blandamente..... y giran, como una sarta de cocuyos.....

—Qué dulce es la chicha
y el amor, qué dulces!
La embriaguez es vida
sin las pesadumbres.....

*
* *

—Ay ojitos negros
ay, gitos míos
les tengo unos besos.....

..... Y continuán girando..... y continuán, sobre la desnudez de sus canillas, blanquecinas y crugidoras, tal que si se dislocaran.....

Mas, ah!, que se deshace la rueda; se deshace..... y los esqueletos avanzan en parejas....., lentamente meciéndose.....

Pero la luz se hizo en los cerros; *Mama Quillá* sobre las blancas nevadas crestas se alzó y un ryo de luna, pálidamente, filtrándose entre las hojas de los sauces, cayó sobre el tocador y enmudeciólo..... Los bailarines todos se efumaron.....; tan sólo quedó en el aire el monótono susurro de sus cantos y el lóbrego raqueteo del dislocamiento de sus huesos.....

Y Linachi calló.

La luz rojiza del encendido fogón coloreaba las agulosas facciones de los oyentes, en las que a ansiedad y el miedo habíanse cebado, ontrayendo la boca y, enormemente, abriendo los asombrados ojos.

—Linachi, hijo mío—dijo la vieja madre—, los que habeis visto no son más que los guerreros del curaca Asto-Huallo, que mandó ha-

cer la acequia; los guerreros que aún cuidan no los Ccaccachas, aprovechándose de la obscuridad, varían la toma de la acequia grande.....

Y hasta las llamas del enrojecido fogón murmuraron su convencimiento.

EL TAPAU DE YANAMARCA

I

Marcelino era un indio malicioso que gustaba enterarse de la conversación de sus patrones y aparentar, sin embargo, que no oía ni miraba, ya que era diestrísimo en el disimulo.

De su jornal, que subía en el mes a la exigua cantidad de ochenta centavos, jamás se supo lo que hacía; pues siempre se le vió un sólo calzón de lana, hasta la rodilla, parchado y reparchado en mil partes, y una camisa de bayeta, tan andrajosa que ya no se conocía cuál fué su material primitivo.

Sin embargo, Marcelino, casi hecho hombre al servicio de la hacienda, un buen día pensó en casarse y, con la venia del patrón, contrajo matrimonio una mañana en que, frente a la señorial casa-hacienda, hizo formar el amo a todos los casamenteros de sus peonadas y un fraile franciscano íbales endilgando una sarta de latinajos y, con un manojo de sauco florecido, salpicándoles en el cuerpo y rostro con el agua que llevaba en un balde el Cantor de la Capilla.

Ese día, la antigua comunidad de Yana-Marca le construyó casa, dió cobijas, cuyes, semillas para sembrar y aún plata.

Así que Marcelino vió, al parecer, una vida mejor, más llevadera, en el nuevo estado que había adquirido; pues que ya tenía casa, mujer y cuyes, cosas inadquiribles si se hubiera atenido tan solamente a su trabajo.

Pero no resultó lo que él se imaginaba. El diablo, que siempre anda metido en las cosas de los indios, hizo que, a la madrugada siguiente y cuando menos lo pensaba, fuera a su choza el mayordomo de la hacienda y le hiciera acuerdo de que era indio y se debía íntegramente a su señor.

Salió, pues, Marcelino de su casuca y fué se caminando hacia la hacienda donde el señor, en pago de su tardanza, le adjudicó unos cuantos vergazos con la *rompe-costillas*; que así llamaban los indios a una verga de toro que el Tayta había hecho endurecer, reforzándola con una varilla de acero que le servía de alma.

II

Pero andando el tiempo, sucedió que el padre de Marcelino, viejecito centenario, se moría de cansancio, de puro cansancio de la vida.

Mandó llamar a su hijo y es fama que le confió el secreto de un gran tesoro, oculto entre las ruinas del portentoso palacio incaico que en Yana-Marca se elevaba en tiempo de los gloriosos hijos del Sol.

Marcelino no se dió por entendido ni se precipitó. A todas las preguntas que el patrón le hacía, contestaba estúpidamente, y,

cundo no podía evadir la respuesta, se hacía el que no había comprendido, respondiendo lo que más disparatado conceptuaba.

Una noche, y cuando el patrón estaba comiendo, el mayordomo entró en el amplio comedor de la hacienda y, sin hacerse antes presente, como era de costumbre, pidió hablar en secreto con el señor.

Este le ordenó que se sentara; mandó retirar a los criados y preguntó.

—He venido, señor—dijo el empleado—, a comunicar a su merced que Marcelino ha mandado a su mujer ayer mañana al pueblo. Que, como Ud. me dijo, hice seguirla, y ha resultado que llegó a la tienda de don Nicolás y le ha cambiado, por la comida para la quincena, dos libras de coca, una *“lliclla azul”* y otras cosas más, un pedazote de oro que por lo menos pesaba una media libra.

—¡Ajá, caramba! ¿Pero no han visto de dónde ha sacado ese oro?

—No, señor; no lo sabemos.

—Está bien; mañana sabré eso. Cuidado con que les digas nada.....

Al día siguiente, el patrón llamó a Marcelino y, lo que nunca, lo hizo sentar a su mesa, le brindó una copita de pisco, otra de coñac y comenzó:

—Tú sabes, Marcelito, que tu padre tan sólo ha reconocídotte al final de su vida; pero que nunca te dió nada, no supo cuanto valía tu crianza; ni siquiera te regaló una camisa.

—Eso es verdad, Taytay.

—Bien, hijo mío, bien; tomaremos esta copita.....

—Con su permiso, Taytay.....

—También sabes lo mucho que te estimo, a tal punto que te hice casar, como lo manda

nuestra Santa Madre Iglesia Católica, con mi mejor muchacha de servicio y ni siquiera un centavo te he cobrado.

—Sí, Taytay.....; sí, papacito; mucho agradezco, Taytay.

—Bien, hijo, bien..... Mas, dime; tu padre no te ha dicho donde está oculto aquel *tapa-do* que dicen todos él conocía el sótano?

—No, Taytay, mi patrón; mi padre no me ha dicho nada; se olvidó, sin duda.....

—Y cómo tú, ayer mandaste a tu mujer a cambiar oro por las cosas que del pueblo te trajo?

No pestañó el indio a tan formidable embestida. Sus ojos, superficiales e indefinibles, miraron a otra parte que al amo, y contestó:

—Verdad, señor.....; pero lo que llevó mi mujer era oro? Yo me lo encontré arando en el cerco y cuando daba la tercera vuelta..... El tesoro barroso se tropezó en él.....

—Indio debieras de ser, ¡estúpido!

—Verdad, Taytay.....

—¿Crees, acaso, que no había de darte un buen premio? Si es bastante, en el pueblo podría comprarte una casa y un cerco.....; para tí y tus hijos, qué más puedes querer?.....

—Lástima es, Taytito.....; pero no sé donde estará el "tapau".....

—Eres un estúpido, un animal....., un..... indio!—gritó el amo, dándole un soberbio puñetazo; y, Marcelino respondió, mansamente:

—Eso es verdad, Taytay.....

III

A paso de polka salió el indio del comedor y al Tayta no se le ocurrió por segunda vez

dar de beber a *un estúpido* para arrancarle el secreto de su escondido tesoro.

Andando el tiempo, el mayordomo vino y, nuevamente, dió aviso de que la mujer de Marcelino había ido y cambiado oro al mismo comerciante de la vez anterior.

El patrón indagó personalmente y supo que don Nicolás había mandado fundir en lingotes dos trozos de oro y algunos de plata nativa. Era pues evidente que Marcelino y su mujer estaban en el famoso secreto que le interesaba.

Llegó el tiempo de las cosechas; las eras de trigo se poblaron de rubísimas gavillas; había que trillar y aventar el grano.

Un sábado, por la noche, se hizo llamar a Marcelino y se le ordenó que llenara veinte sacos de trigo, ensillara las llamas necesarias y marchara a Tarma a vender esos granos, pues hacía falta dinero para pagar el domingo en la noche a los trabajadores.

Concluyó la tarea bien tarde, pues el mayordomo se había quedado dormido sobre el trigo y sólo se despertó a pesarle a eso de las dos de la mañana.

Mientras ensilló, le ayudaron a cargar y orientóse al camino; rayaba ya el aurora.

—Qué vida—pensaba Marcelino—; no se come bien, no se duerme en su casa y..... Pero, ¿por qué no han dejado que vaya a mi casa y, ni siquiera, traiga mi poncho?

—“No te confíes de las mujeres”, me dijo mi padre agonizando, y yo me he confiado de mi mujer, pues que le he dicho dónde está el tesoro.....

—¡Ah....., qué bueno!; ya sé el interés del Tayta en mandarme a *mí* para que le venda el trigo en Tarma.....; ya sé el interés! Pues

ahora pierde todo.....; pues ahora me vengo de quien pudiera venderme....

Y Marcelino, indiecillo mechoso, amarillento, boquiverde y rotoso, abandonó la re-cua y las cargas a su suerte, regresándose al punto hacia la choza.....

La neblina obscurecía el cielo y empenachaba las cumbres de las cordilleras.

La casucha de Marcelino estaba allá; bajica, redonda y cónico techo de paja hacia los cielos.

Por la puertecilla de pellejos, doblando el espinazo, penetró.

La mujer estúbase levantando; la "hua-hua" florosa, con los mocos chorreando hacia la boca, berreaba sobre el orinado pellejo que servía de cama.

—¿Dónde has dormido, Marcelo?

—No he dormido; he trabajado.

—*Achachay*, qué cara tienes Marcelo.

—Prepárate; tenemos que morir ahora mismo!..... Ya me duele la vida.....; tenemos que morir!

Y Marcelino cogió un gran machete que pendía del techo, sacólo de la funda y lo *sentó* en la piedra.

La mujer, intertanto, pensativa, miraba al pequeñuelo que, sonriendo, entreteníase con el chirrido del acero al afilarse.

—Debemos darnos prisa—dijo el indio, en cucullas y probando el filo con un dedo.

Levantóse enseguida.....; y, cuando el amo llegó hacia la chosita, en busca de la mujer que pensaba debía revelar el secreto, encontró dentro la más espantosa carnicería que pudiera imaginarse.

El chicuelo hacía acá, donde estuvo sentado, sin cabeza; la madre en el centro, tendi-

da, bañada en el rojo charco de su sangre, dispersa la renegra cabellera.....

Y, como si tratara de impedir que alguien entre, Marcelino, con la faz en el polvo y en el pecho el machete hasta la empuñadura, yacía, casi en cruz, sobre las piedras que servían de umbral a aquella choza.

—¡¡Estúpido—exclamó el amo, dándole un puntapié por las costillas—, dónde diablos habrá dejado la carga!!

MACHAYPA MATALAJA ^(a)

Pachascucho, la aldea solitaria, constituida por un puñado de casitas blancas de tejados rojos sobre los bordes de la cuenca oriental del valle de Marco, estaba de fiesta.

Desde el panteón y de trecho en trecho, sobre el camino real de *Sausá* a *Acolla*, la comunidad había construido hermosos arcos, árboles de navidad y alfombrado el suelo de flores "chunchos" y pensamientos en honor de sus hijos predilectos: *Mariacha* y *Anselmo*, quienes habían ido a contraer matrimonio en la Iglesia Mayor de San José de Atun Sausa, y a las doce, conforme a la costumbre comunal, los barrios vendrían a recibirlos, danzando en pandillas al són de los alegres "huaynitos" que les entonaría la banda del pueblo.

Algunos curiosos que se aventuraron hasta la cima del San Juanpata, desde donde se columbran los barrios de Atun Sausa, como un tablero de damas, reclinado en las faldas del cerro Huancas, hacia las cristalinas aguas del Yacus, volvieron manifestando que la comitiva atravesaba en aquel instante el puen-

te de Acolla y que venían danzando al són de dos arpas y violines que, sin duda, los padrinos habían contratado.

En la verde plazuela del pueblo, en donde hacía siete lustros que la comunidad construía, en las épocas de verano, su pequeña iglesia, tayta Nico, embrazado el bombo suspenso de su hombro izquierdo, llamaba, con aquel, a los músicos, parándose en cada esquina, a lo que las oquedades de las lomadas y cerros vecinos repercutían el fragor de su voz cascada y temblorosa como la del trueno.

Un centenar de comuneros, trajeados con sus polferomos vestidos dominicales, fueron agrupando en los alrededores de aquella y formando coros entre los mozos y mozas del mismo barrio. Completa la murga, tayta Nico inició la marcha con dos golpecitos sobre el aro del bombo y el clarinete tarareó el comienzo del "huayno" que se debía ejecutar.

Cada cual tomó su pareja y, rimando con su actitud las melodías del bailable, se dirigieron, danzando, hacia el sendero, a dar su felicitación y bienvenida a los desposados.

II

Intertanto, la comitiva de éstos había ascendido la ladera del Huahuapata y avanzaba, entre el fondo de su pequeña quebrada, a desembocar en los llanos esmeralinos de Pampacocha.

Azul profundo el cielo, y límpido como un mar dormido en mañana de primavera, los cerros y picachos de los contornos, empenachados de néveas nubecillas recortábanse imprecisos en la inmensa concavidad de aquel dombo infinito y bandadas de gaviotas y ya-

navicos, salpicándolo a trechos, irrumpían su pureza azurina con el negror de sus alas arqueadas como paréntesis misteriosos en las celestes llanuras de aquella página inescrita.

Al descender las parejas hacia el llano, Miquela - madre de Mariacha - que danzaba una de las primeras del brazo del padrino, oteó, con el rabillo de sus rasgados y pequeños ojos, un zorro que descendía del cerro y cruzaba el camino de izquierda a derecha, en dirección a las ruinas de los gentiles, entre cuyos derruidos paredones se esfumó prestamente.

Santiguóse la *mama* y oró en su corazón por la felicidad de su *hijacha*, malaugurada por tan fatal encuentro y por la cola de un gavilán viudo que, al ascender ellos la ladera, paróse sobre un gigantón esquivándoles la blancura de su pecho.

En este instante repercutieron en las cúspides y quiebras de los lejanos montes de *lo tra banda* los broncíneos clamores de trompetas y clarinetes entonando el huayno dolorido que zapateaban los danzantes del pueblo y, de los pechos rebosantes de juventud y alegría andinos, explotó un *guapeo* formidable, a cuyo fragor volaron en jabardillo los jilgueros y gorriónes de entre las áureas espigas de los trigales.

—¡Huis! huis! huis! ¡huas! huas! huas!, gritaban estentóreamente. Y Mariacha con su faldellín rojo y *lliella* blanca, bordada de crisantemos, chunchos, rosas y pensamientos negros y amarillos; quimbada de clavelinas y azucenas áureas, trenzada en dos la renegra cabellera, del brazo de su apuesto Anselmo danzaba armoniosamente; bebiendo la alegría de sus ojos y sintiendo en sus manos la

dulce y amorosa presión de las suyas, ardientes como las flamas rojizas de la lumbre.

Allá, saliendo entre los quishuares de Ñahuípuquio se perfilan las primeras pandillas de los bailarines del pueblo. Según la costumbre tradicional, piensa *mama* Miquela, la comitiva debe encontrarse en Atojpampa, en el preciso instante que la última pareja salga de entre los quishuares; pues que de nó la felicidad de los recién casados estaba perdida y la Muerte se colaría entre las filas de los danzantes. Por eso, midiendo con la vista tan corto espacio y comprendiendo que ellos llegarían primero a la pampa del zorro, se detuvo a bailar unos instantes creyendo engañar y torcer la inflexibilidad de los acontecimientos que estaban urdiendo la desgracia de sus hijos. Pero la suerte, a tan funestos maternales presentimientos, había aquella mañana dejado a su propio destino: las pandillas de danzantes demoráronse más de lo que ella calculaba y tuvo de avanzar hacia el sendero, so pena de hacer partícipes a los esposos sus malos augurios, de que no se habían dado cuenta.

III

Los gritos ensordecedores de ambos festejantes, rimando la quejumbre ardorosa del huayno nupcial que se les entonaba; aturdiéron a la pobre *mama* y, al parecer, hicieronla olvidar sus negros presentimientos.

Bañaron en pétalos de amancaes y chunchuhaita a los desposados; rodearónlos como enormes halos danzantes, en que las llicllas y faldellines volcaban, a los ojos asombrados, la policromía de sus rosas, claveles y crisantemos y, cuando prisioneros entre sus

brazos mirábanlos sonrientes y complacidos, uno al lado del otro y cogidos dulcemente de ambas manos; un revuelo de ponchos, llicllas y faldellines indicaba la expansión del enorme ruedo que se deshacía en parejas reverentes, las cuales avanzaban hasta cerca los enamorados, dábanles la vuelta arrojando a sus cabezas pétalos de amancaes y tornaban hacia la rueda que seguía girando lenta y rumorosamente.

—A la sala, a la sala de Matalajá, clamaron todos, y comenzaron a desfilan en parejas tambaleantes, presididos por Anselmo y Mariacha que bailaban alegremente.

IV

Llegados a la emplanada de Matalajá, en cuyo fondo sobre el barranco que la cobija, hay una cueva profunda donde es fama que los "auquillos" acostumbraban encerrar a los desposados que venían de Sausa para que "cumplieran matrimonio"; después de bailar un huaynito cosechero y zapatear un cachaspare cajeadó y punteado con las arpas y violines; a insinuación de taita Nico que oficiaba de maestro de ceremonia, se solicitó que los desposados bailaran la danza "pirhualla-pirhua", para lo cual Mariacha pidió permiso y fué a cambiarse de "lliclla", soltarse el cabello, como era de costumbre, quimbarse y usar, en fin, los collares de huayruñillos y chaquiras que Anselmo le había traído de la montaña.

Introdújose en la cueva donde *mama* Miquela le alcanzó un "quipe" con las prendas que necesitaba y, después de recibir un beso de su *mamacha* en la encendida mejilla, "antes de que Anselmo, según la dijo, le robe sus

colores para siempre"; se comenzó a desprender la liella, sonriendo y saboreando las caricias de sus manos y los besos de sus ojos cuando la tenía cogida del talle en la emplamada de Atojpampa.

Ya había doblado aquella y levantaba los brazos para arreglarse los cabellos, cuando oyó que a su espalda, en el fondo impreciso y tenebroso de la cueva, alguien, al dar un paso, hizo rodar una piedrecilla que cayó dando tumbos estrepitosamente hacia el fondo de la caverna.

Temerosa Mariacha volvió la faz prestamente e intentó salirse a la carrera; pero el férreo aprensamiento de unos dedos hicieron presa en la moribidez de sus brazos, y percibió entre la penumbra un rostro amoratado de ojos sanguinolentos, labios carnosos y prominentes que dibujaban una mueca de crueldad, y que dejaron entrever sus dientes amarillentos como flor de retama.

Un angustioso grito de terror y desesperación infinitos se escapó de sus labios y, cuando Anselmo penetró como un loco a indagar lo que la sucedía, una feroz puñalada le desgarró el pecho y cayó pesadamente sobre el inanimado cuerpo de su amada.

Mama Miquela precipitóse hasta el fondo de la caverna en persecución del asesino y, cuando reconoció el puñal homicida aún enrojecido con la preciosa sangre de sus hijos, exclamó llorando:

—El Lucas Turpo es el matador; acaba de cegar la fuente de mi felicidad, porque no pudo beber en ella ni una sola gota de sus aguas cristalinas!!

(a) La Cueva de Matalajá.

EL AMANTE MISTERIOSO

I

Leonarda Julcarina era una hermosa india, de quien nuestro padre Sol, orgullosamente, habría hecho una de sus vírgenes escogidas.

Esbelta, de color capulí y facciones finas, en que sus ojos negros y somnolientos revelaban la dulcedumbre y tristeza de su raza; sentía la imperiosa necesidad de quedarse a solas consigo misma, soñar con la lejanía de los senderos que se perdían en el confín de las montañas y escuchar el monótono gorgoteo de los manantiales, en cuya misteriosa musicalidad entendía el anhelo de sus aguas que venían de muy hondo entre las musgosas peñas e iban hacia muy lejos dejándose llevar de su destino.

Quando por las mañanas llenas de sol, perspectivas de llanos y laderas esmeraldañas, trinar de gorriones y jilguerillos despertábase a dar de comer a sus gallinas, cargar agua del *puquio* y barrer el patiecito blanco y los enladrillados corredores que la enmarcaban; antes de encender la *vicharra*

(1) para hacer el toronjil, deteníase a destrenzarse bajo el almendro que imperaba entre el rosal de su florido jardín, escarimenábase cuidadosamente la lucia cabellera flotante y volvíase a trenzarla en dos, prendiendo entre sus guedejas el boton de una rosa purpurina.

A poco rato la abuela achacosa, arrebujaada en su *pullu* (2) a listas y la *puchca* (3) de lana negra entre las faldas de su morado faldellín; llamábala desde el poyo en que se había sentado, indagándole si estaban completos los animales y si el *cuchi* (4) grande no se había escapado, pues que tarde la noche ha sentido pasos en este *canto* de los corredores.

Solicita acercábase la nieta a mitigar sus inquietudes posando sus pálidas manitas en los cansados hombros de la anciana y levantando delicada y coquetonamente los albos mechones que festonaban su arrugada frente.

—No, *mamanma*, decía la mimosa; el berraco está en el chiquero y todas las gallinas, hasta la *pishcoreta* (5), están ahí dentro.

Y, como la abuela se quejara del frío que le estaba helando hasta los huesos, Leonarda corría a hacer fuego en la vieharra y romper unas hojitas de toronjil, a fin de calentarla el estómago con tan aromática y sabrosa bebida legendaria.

II

Así transcurría la existencia de estos seres hasta que llegó un buen día. Leonarda dirigióse al manantial que corría en tiempo de secana en el fondo de la quebrada Tamboraque, en donde había entre el agua y de trecho en trecho unas grandes piedras enlavazadas

que servían a las lavanderas del villorrio para enjabonar la ropa y golpearla con la penca, a fin de que blanqueara. Los saucos, huahuares, tululuches y carricillos que orlaban las orillas de Tamboraque descendían como una franja verdosa entre el abra y la ladera del Urpypata y se estamaban hacia lo lejos entre un dislocamiento de la azulina cordillera.

Posó Leonarda en las riberas, remangóse el faldellín con ambas manos hasta la rodilla y, con la *lapa* (6) de ropa en la cabeza, avanzó hacia la piedra chata del medio, donde el agua era más clara, y se dispuso a fregar aquella. El Sol acababa de salir tras las nevadas cumbres de aquellos cerros, y la quebrada tachonada de luz y frescas sombras, arrullábase rumorosamente con el rodar de sus aguas y el canto de sus pajarillos.

La *huambra* (7) tarareaba un cantarcillo lento y doliente al par que inmercía el *anacu* (8) de su abuela y se pasaba las húmedas manos sobre los cabellos:

Llora, zorzalito,
llora: es lo mejor.....
Así no hay tristezas
en el corazón.

*
* *

¿Se perdió tu *huambra*
por entre el maízal?
Llora, zorzalito.....
¡Muy bueno es llorar!

Ya había acabado de refregar la ropa y disponíase a penquearla sobre la piedra, cuando sintió, hacia lo lejos, por el camino del villorrio, las notas quejumbrosas de un

rondador, lá doliente y milenaria *antara* de nuestros pastores de las jalcas.

Estábase quieta, escuchando el *varahuy* que se entonaba y, mentalmente, iba repitiendo sus versos que parecían hechos para contestar a los que ella había cantado.

Si estáis llorando al ausente
porque de tí no se acuerda,
seca tus ojos, que allí viene
y ve a encontrarlo risueña.

* * *

Echale al cuello los brazos
y da tu boca al sediento.....
Tan desfallecido viene
que de amor se está muriendo....

Sonrió Leonarda maliciosamente, y, cogiendo agua con ambas manos, humedecióse los cabellos. Las doloridas notas del rondador se habían desvanecido en la quietud religiosa de aquel silencio andino.

Levantó a dos manos la verdosa penca y comenzó a azotar pieza por pieza; hendiendo, como a estocadas, el silencioso recogimiento de la quiebra a cada golpe y levantando borbotones de espumas entre aquellas que, si eran *huatrehuco*s (9) o rojos faldellines, se encendían como centellas entre un nublado confín del horizonte.

Paróse a descansar. De nuevo humedecióse la cabeza y miró hacia la orilla inquietamente, donde le pareció sentir que se entreabría el rumoroso carrizal para dar paso a alguien que la espía.

Azorada, como vicuña que ha eschechado el aviso de huída y columbra al cazador agazapado; Leonarda pegó un estampido hacia

atrás, sintiendo como que su corazón le galopara en el pecho, al contemplar entre las ramas florecidas de unos tacones y carrizillos a un hombre que la miraba sonriendo y el cual, a su parecer, era el que tenía la *antara*, pues que aun llevábala en la mano.

—Se asusta de mí *huambrita* dulce?. Verdad que no soy de su pueblo, pero en el mío mi *mama* me nombra cariñosamente Juanucho. Si quiere mi amistad, voy de paso y le ayudaré a enjuagar la ropa.

—Muchas gracias, *Apu* (10).....

Juanucho que, interhablaba, había saltado de piedra en piedra hasta acercarse a la en que estaba Leonarda, donde quedóse mirándola con ternura; sentóse en el endurecido borde de aquella, y, inmerciendo los pies en el agua, pisóse a jugar con ella, en tanto que se suspendía inclinado hacia adelante entre los brazos, tesos sobre las palmas de sus manos.

—*Apu*?, no; sólo un buen servidor que desea agradar a vuestros ojos.

—Así me parecéis, sabes rondar tan bonito.....!

—Lo aprendí en el Cosco, de un ciego portador que no se puede escucharle sin llorar.

—¿Conocéis el Cosco?

—Hace mucho tiempo; fui allá por asuntos de familia, a cargo de mi abuela que era cosqueña..... Y vos, cómo te llamas?

—Leonarda; nieta de *mamama* Chepa; mis padres murieron, según me cuentan, cuando aun no había aprendido a llamarlos por su nombre.....

—Pero ya me voy, *mamama* debe estar esperándome; como la pobrecita está medio tullida y apenas da paso, yo tengo que hacerla todo.....

Volveré a verla? ¿No la daré miedo otra vez si vengo a visitarla?

—Venid *rondando* vuestra triste, respondió Leonarda llenando la ropa humedecida dentro la lapa; y, cuando Juanucho se comió para sentársela en la cabeza, ella vivazmente levantóla hasta sus hombros, a cuya altura aquel hizo la apariencia de ayudarla.

Agilmente saltaba de piedra en piedra hasta ganar la orilla, mientras Juanucho extasiado mirábala alejarse y perderse entre los ramadales de los tacones y bejuquillos salvajes que, a manera de guirnaldas, pendían de los chileales y tululuches, a ambos lados del sendero.

III

Llovía. Espesas y renegridas nubes preñadas de granizos encapotaban el cielo. De vez en cuando zigzageaba una cárdena centella hendiendo el espacio como una víbora de fuego y retumbaba sobre la aldea amedrentada el fragoroso vozarrón del trueno. El granizo en tropel repiqueteaba en los tejados y en la obscura pampa y el vendabal plafaba en las llanuras, desgarrándose fieramente entre los riscos y las breñas.

Leonarda, que aun no se había acostado y vagaba por los oscuros corredores con el candil en una mano y una pequeña lampa en la otra, yendo a destapar el desagüe y limpiando las acequias del jardincillo, a fin de que no se inunde; tuvo un estremecimiento de alegría cuando sintió detrás del postiguito *llorar*, entre el ruido del aguacero, los preludios de un yarahuay que le era bien conocido. Encaminóse de puntitas hacia el za-

guán, candil en alto, y recorrió el cerrojillo de aquel, quedándose a la espera de que lo empujaran. Cedió la puerta a la presión de quien de fuera la impulsó y apareció, enmarcado, entre la abertura tenebrosa, Juanucho emponchado y calada la montera hasta las orejas. Una bocanada de viento saturado de humedad apagó el candil, que débilmente chisporroteaba, y entre las tinieblas de esta noche lluviosa se oyeron los chasquidos de unos besos, y la luz azulina de un relámpago iluminó a ambos amantes: uno en brazos del otro.

IV

—Pero no me has dicho hasta ahora dónde vives, Juanuchito mío, murmuró Leonarda, sentada en la musgosa tapia que daba al huerto vecino y tras de la que asomaban sus melocotoneros en flor. No encuentras triste que vivamos así: yo, engañando a *mamanma* y sufriendo tu ausencia a cada instante y tú, escondiéndote de las gentes y teniendo que huir entre obscurito y el aro, tan pronto salta el *cutuncho* (11) del gallinero a hacer la rueda a sus gallinas? ¿Por qué no hablas con *mamanma*? ¡Ah, que dulce vivir juntitos y ya no separarnos jamás!

Demudóse la faz cetrina de Juanucho, encendiéndose en sus ojos un chispazo de melancólica incertidumbre y, terciándose el poncho sobre el hombro izquierdo y mirando indefiniblemente a su adorada, la respondió:

—Eres tan bella! ¿Sabe acaso la *amapula* (12) la casa de oro de la Abeja? A aquella le basta ser adorablemente hermosa y a ésta embriagarse en sus aromáticas dulcedumbres.

—Pero anhelan las flores, corazoncito mío? Aún cuando me aseguraste el otro día que ellas también se amaban en silencio, porque son las almas de nuestros padres; siento en mi corazón el secreto presentimiento de que he de sufrir mucho cuando me dejes.....

—Dejarte! ¿Puede existir la luz sin nuestros padres: Inti y Mama—Quilla?. No hables de sufrimiento. Gocemos la vida como se nos presenta; me amaste sin conocerme, yo te adoré hace una eternidad, vos no te acuerdas.....

—Calla y bésame, contestóle Leonarda, sellando sus labios con el dorso de su pálida manita que él besó locamente y retuvo entre las suyas, mirándola a los ojos con ternura.

—Mira la *carrizera* palomita amante como empolla en su nido, mientras el macho espúlgase allí cerca, en aquella rama, de donde se ausenta para traerle alimentos.....

—Si la veo; comenzaron a hacer la *cosha* (13) antes de la cosecha. El aire estaba lleno de huaynitos; yarahuyes y cachaspares; nosotros ya nos amábamos.

—Ah, suspiró Leonarda, qué bien se aman!.

Comenzaba a descender el Sol hacia los ojos entre un mar de oro y granate crepuscular; las tierras en barbecho y humedecidas por los recientes aguaceros se columbraban ladrillosas en los cerros, prietas, semicobrizas en los llanos, donde algunos gañanes retrazados aún arábanla lentamente con sus yuntas. Los huertos vecinos mirábanse silenciosos por sobre los derruidos tapiales que los embarcaban. El ramaje amarillento de sus arbustos otoñales invitaba al religioso recogimiento del Angelus que vocaban las bronceínas campanas de la aldeana capilla.

Persignóse Leonarda, respetuosamente, y comenzó a rezar en voz baja un *Avenmaría*.

—Murmuras como el agua y las hojas cuando anochece; es cierto que todo se contrista al ocultarse el Sol.

—Tú no rezas?

—Cómo tú lo haces?, no; mi madre me enseñó otras oraciones que no se parecen a las tuyas. Algún día, cuando verdaderamente me ames, te las enseñaré.

—Así que ahora no te amo?

—Tú lo sabes, lucerito mío; yo sólo sufro al contemplar que estás despertando de un delicado ensueño.

—No lo creas, dijo Leonarda bajando los ojos y deshojando lentamente un crisantemo rojo que se le había caído del cabello entre las faldas; porque te amo más a cada instante es que no quisiera separarme de tí.

—No me engañas?

Mamanma Chepa que hacía rato observábala atentamente desde el quicio de la puerta, hasta donde había podido llegar con el auxilio de un nudoso bastón de chonta; encaminóse lentamente por el jardín hacia la tapia en que se había encaramado Leonarda; y ya, casi detrás de aquella, contraído ansiosamente el apergaminado rostro y la sarmientosa mano en caracol tras de la oreja, para mejor entender las palabras de la huambra; la preguntó cascadamente:

—Con quién hablas *hijacha*? (a)

—Mamanma!! exclamó ésta antes de responderla y se agitó para flexionar las piernas y descolgarse a recibirla.

(a) *Cha*: Lo mismo que la partícula *ita* en Castellano, con ella se forma el diminutivo

Un pequeño grito como de ave que va a ser cogida por animal de presa, alguien que se agazapa tras los tapiales y un revoloteo de alas entre el follaje de los melocotoneros del huerto; fué lo único que se escuchó y que los ojos asombrados y destenidos de la gotosa Mama pudieron percibir, imprecisamente. Juanacho había desaparecido.

V

Media noche. Una formidable tempestad desencadenábase en las punas y desbordada galopaba furiosamente entre los llanos y las quiebras. Anunciaba el relámpago, inflamando la renegrida atmósfera de cárdenas llamaradas, el retumbar horrisono del trueno y se oía a lo lejos como un rumor de bosque en marcha, cuyos ramajes viniéranse arrastrando, lentamente.

La casa de mamamma Chepa, cuyo tejado rojo había sido compuesto hacía dos días, por un su compadre Antonio quien *tomó las goteras*; se sernía lastimosamente en todos los corredores, y, cerca al poyo en que Leonarda dormía amorosamente acurrucada entre los brazos de su amado Juanucho, comenzó a gotear.

La abuela que se había despertado al primer bramido del trueno y que escuchaba la monotonía de ese *tac, tac* fastidioso que no la dejaba conciliar el sueño y colmábala de inquietud al suponer que cayera entre la cama de la huambra; llamóla repetidas veces, tan profundo sueño dormía, y averigüole si no estábase mojando.

—Cae a los pies del poyo mamamma Chepa, contestóla Leonarda; y la pobre vieja se tranquilizó, quedándose dormida profunda-

mente, arrullada por el rumor que canturreaba la lluvia hacia lo lejos.

La amante quedó en cambio desvelada. A su costado sentía el contacto del cuerpo varonil, musculoso y dulcemente ardiente de su amado y oía su respiración suave y profunda, como la de un niño.

—Soñará Juanucho? ¿En qué soñará mi bien amado? ¿Adonde será su casa? ¿Por qué no querrá casarse conmigo? Mama Turuca me dijo el otro día que para hacerse querer de los hombres y que nunca la olviden a una, era bueno *curar* una prenda de su vestido, especialmente el poncho y una calceta. Se enojará porque le esconda esas prendas? Es tan bueno, tan hermoso, sabe rondar tan dulce en sus cañuelas y le estoy amando tanto, tanto.....que quisiera hacerlo mío por completo, sentirlo a cada instante entre mis senos, oír su dulce voz sólo desde el fondo de mi corazón.....

Acomodóse suave, delicadamente a fin de no despertarlo, recostó su cabecita cerca a sus hombros y, cerrando los morenos ojos, buscó afanosamente quedarse dormida.

Cesaba de llover. En un corral lejano se oyó la clarinada ululante de un gallo.

—Imposible, no podía dormir pensando en él; y ya iba a rayar la aurora y, como todas las madrugadas, tendría que escaparse antes de que lo pudieran ver; Ah, vivir así! Será cierto lo de mama Turuca? y si era mentira, qué se perdía?

Resbalóse lentamente, conteniendo la respiración, debajo de las cobijas, saltó al suelo, cogió prestamente el poncho y una calceta de Juanucho y encaminóse, en franelilla, hacia su baúl y hechóles llave. Tornó tiritando de frío a abrigarse entre su amado y, con

la secreta esperanza de alcanzar que muy pronto se quede para siempre acompañándola, se durmió.

A poco rato comenzó a soñar que ya Juanucho vivía con ellas, en su casa; y cómo debajo del almendrero, una mañana de sol, ambos mimaban a la pobre mamauma Chepa, quien sentada en un banco que aquel le había hecho, bebía sorbo a sorbo un mate de hoja —naranja, mientras ambos a sus pies, en cuchillas, se entretenían contemplándola.

Cuando despertó, Juanucho ya se había ido; extrañóse que no la recordara como otras veces y comenzó a vestirse con presteza.

—Se habrá molestado, pensaba pesarosa mientras se dirigía a abrir el baúl y cerciorarse de que estaban las prendas que le había escondido.

Abriólo con curiosidad y, ansiosamente, hundió sus miradas entre el cofre: Un grito de superticioso terror escapóse de sus labios y cayó desplomada. En el fondo del viejo baúl sólo habían, desgarradas, las plomisas alas de un buho y una de sus casposas, amarillentas patitas!!

EL ORO DEL INDIO

Cuentan que cada quince, hacia la feria, bajaba un indio mechoso y boqui-verde; pequeño y grueso, revejido y sucio, ya que entre las arrugas de su imberbe y accitunada faz, el polvo y el sudor hacían lodo.

Nadie, absolutamente nadie, le conocía en los alrededores de la ciudad, pues los mismos indígenas *encomendados* ignoraban su paradero.

Venía, vagaba entre la multitud mirando todo y, a veces, quedábase boquiabierto contemplando las cosas que vendía algún comerciante, tal que quiesiera pedir y no se atreviera a hacerlo.

—Qué miras, indio?; preguntóle una vez cierto negociante español que había colgado todas sus mercancías en la pared del comenzado cabildo y entre las que, relucientes y chillonas, desplegábanse al viento una media docena de pañuelos, grandes como una *lliclla* y más floreados que una primavera.

—*Manan, taita; manau*, repitió el indio presurosamente y se puso en camino hacia otros puestos de venta.

Pero los pañuelos habían agradado al

pobre y, después de recorrer los otros sitios, volvió al mismo lugar en que estaban.

El español intrigado y comprendiendo que el indio quería comprarle algo, se le acercó y, dándole unas palmaditas en el hombro, le dijo:

—¿Qué te gusta? ¿las fajas?

—Manan taita.

—¿Los cuchillos? ¿las camisas? ¿los pañuelos?

—Au, taita, si.....

—Ah, éstos?

—Si taita, si.....

—Estos cuestan diez pesetas cada uno.

El indio que no sabía de pesetas ni de maldita la cosa, pues que jamás había visto una de éstas, le dió a entender en quechua que quería dos de esos pañuelos, pero que no tenía una sólo peseta, con que pagarle.

El comerciante sólo comprendió dos; cogió los que le señalaba el indio, los envolvió y dióselos.

De entre el seno, sacóse éste un bolsón de piel de cuy, comenzó a desdoblarlo lentamente y vació en el hueco de su mugrienta mano, una serie de pepitas, del tamaño de una haba, de reluciente oro nativo.

Los ojos del chapetón brillaron codiciosos y su cara toda se esplayó, la boca entreabierta y temblorosa, a la contemplación de aquel tesoro.

El indio escogió dos, las más grandes, y diólas por el valor de los pañuelos; pero el chapetón quiso más, sus pañuelos no valían tan poco.

El indígena entonces, con la mayor naturalidad del mundo, aumentó con dos más a las primeras.

—Te vendo fajas, machetes, llicllas nue-

vas, coca, *chaccta*.....lo que quieras; todo, por la mitad de su precio.; no creas que te gano.....

—Manan taita, dijo el indio; y, explicó en quechua, iba a comprar pan, ollas, trigo y una manta.

—Todo eso tengo, todo.....,arguyó el español comenzando a guardar sus trapos en una vieja *altorja* y pensando en las pepitas de oro que el indio llevaba envueltas entre la piel del cuy.

—Vamos por aquí, a mi tienda.....En ella tengo todo, todo lo que tú quieras, dijo el español; y, cogiendo al indio del brazo, lo condujo por entre la abigarrada multitud que hacia la feria había bajado.

II

Es fama que el tal Dn. Ildefonso, que así se llamaba el venturoso español, cada quince días ansiosamente esperaba a tan misérrimo cliente y, con tan sólo esta venta, iba viente en popa, ya para que le llamaran acaudalado vecino del lugar.

Sucedió que un día de feria, cuando el indio tan generosamente pagaba las compras hechas, el señor Corregidor que de vez en cuando honraba a Dn. Ildefonso con su visita, se presentó de improviso en la tienda y enteróse del modo que aquel indio pagaba.

¿A quién perteneces?, ¿cual es tu nombre?, preguntó al pobre indígena, su merced, el orgulloso y malquisto Corregidor.

El indio que no entendió o no quiso entender, miró estúpidamente a éste y contestó:

—Manan taita, manan.....

—¿Qué dice este bruto?

—Dice que no sabe, contestó Dn. Ildefonso, por el indio; y, como viera quizá iba a perder tan candoroso cliente, agregó: creo que pertenece a los encomendados de Sarabia; son los que menos saben, pobres indios...

—Le paga bien, Dn. Ildefonso.

—Cree Ud. así, Sr. Corregidor?

—Cerrado de ojos. Y, de donde sacará eso?

—Jamás le he preguntado, pues que no he tenido tiempo, me ha parecido muy natural: es oro bajo y, por cada pepita, le doy comestibles y ropa por valor de 100 a 150 pesos,

—Muy bien, es justo. Y mirando de reojo al indio que intertanto, acomodaba en su manta las cosas compradas, agregó:

—Por lo menos que Ud. le ha cambiado, Dn. Ildefonso, seis o diez docenas de pepitas.

Oh, señor Corregidor, ¡ojalá así fuera! La otra feria tan sólo pude cambiarle algo. Ya había comprado lo demás y me llevó a mí, tan sólo una miseria.

—Ha tenido Ud. suerte, Dn. Ildefonso; continuó el corregidor, sonriendo maliciosamente; y, tendiéndole su diestra al comerciante, que la pase Ud. mejor y que cuando las mande fundir le salga de 18, le dijo, saliendo precipitadamente del establecimiento.

—Es una gran riqueza, murmuraba el Corregidor, mientras caminaba hacia su casa.

—Ese indio debe poseer el secreto de aquel tesoro....., gran mina quizá..... Oh, cómo llegará a descubrirla; cómo llegará a ser millonario en un suspiro!!

Y en llegando a su despacho tiró sobre la mesa el negro sombrero de amplias alas y llamó:

—Grimaldo! Grimaldo!, con poderosa voz.

Un alto y patilludo, enjuto y mal trajeado individuo, se presentó en el umbral de la habitación en que estaba el Corregidor.

—Ven acá, hijo; asunto serio es éste.

El hombre adelantóse sombrero en mano.

—Ven acá, acércate..... Escucha: en la tienda de Dn. Ildefonso hay un indio roto, que lleva una mantá gris, a listas negras, verdes y rojas.

Sin que se entere el comerciante espía al indio; y, cuando salga, héchale mano y tráemelo acá, sin que nadie se de cuenta.

Voy inmediatamente, contestó Grimaldo, y salió como disparado.

Al corto tiempo de dada esta orden el indio estaba en poder del Corregidor.

Se hizo llamar a un *pongo* indígena y el Corregidor le dijo:

—Dí a este indio que de dónde ha sacado esas pepitas de oro con las que estaba comprando en la tienda de Dn. Ildefonso. Que si me enseña el sitio de donde las ha extraído le dére en recompensa una gran riqueza; lo haré mi muchacho de servicio y será señor, aquí en el pueblo..... Así dile.

El sirviente, una tras otra, comenzó a traducirle al indio las palabras de su señor.

—Qué debo contestar?, preguntó por último.

El indio, entonces, comprendiendo la situación en que se hallaba, quedóse como pensativo y contestó:

—Dí a tu amo que quiero ser pobre, que esa mina me pertenece.

—Qué desvergüenza de imbécil! Las minas pertenecen a nuestro Rey y señor, no a ti, so perro! Y, acto continuo, ordenó que lo condujesen al *cepo* y lo clevaran en él a siete puntos.

El pobre indiecillo que no esperaba tanto, amedrentóse al penetrar al obscuro calabozo donde, sin duda pensaba iba a perder la vida. Pero muy luego se repuso y resignadamente metió el pié derecho en el primer hueco y prestó el izquierdo para que se lo halaran hasta hacerlo llegar al sétimo punto.

En esta posesión, le fueron hechas, para que divulgara el secreto, por el mismo intermediario, las ofertas más brillantes y las amenazas más horribles.

Pero el indio, al parecer insensible a ambas cosas, no se cansaba de *chacchar* la verde coca ni de mirar el hollimiento lecho de su calabozo, como si a aquel le pidiera consejo.

—No contesta, gritó como un energúmeno el Corregidor, pues ponerlo en los hocho... Y si no quiere, en los diez....., que ya desembuchará o que reventará!! Y tal como se ordenó fué hecho; tan sólo que, al llegar a los nueve, el indiecillo murmuró:

—“Bien pueden matarme; pero nunca sabrán dónde está la mina”! y, casi desahogado, perdió el conocimiento.

El muchacho que hacía de intérprete trajo al Corregidor lo que acababa de decir el indio; y, como a aquel le interesaba más el descubrimiento de la mina que la muerte de aquel *estúpido*, ordenó le redujeran *tres puntos*, hasta nueva orden.

—Así pasó el indio tres días más: en cinco puntos, *chacchando* coca y sufriendo soberbios puntapiés del Corregidor, cada vez que se le antojaba.

—Ven acá, Grinaldo, llamó éste a aquel en la tercera noche. Tú, aun no sabes por qué tengo preso a aquel indio, aunque debes de presumirlo.

—Pues bien, oye. Y refirió, punto por punto, la aventura o, mejor dicho, el crimen del indio.

Le ofreció que si llegaba a descubrir la mina, le daría un tercio de lo que ésta produjera, pero con la condición de que llevara a cabo lo que le iba a proponer.

Grinaldo aceptó complacido y, el Corregidor expuso el plan. Se trataba de soltar al indio aquella misma noche y seguirlo, vigilarlo hasta descubrir de donde extraía aquella riqueza.

—Manos a la obra, dijo Grinaldo; y, haciendo y diciendo, encaminóse al calabozo y dió libertad al indio.

III

La Noche estaba oscura; llovía a cántaros y hacía un frío de los mil demonios.

El indio entumido, *quipichondo* la manta y rengüendo, salió por el obscuro zaguán de la vivienda del Corregidor y lentamente, se perdió entre las tinieblas neblinas de la noche.

Grinaldo, sin perder instante, salió tras él y perdióse también en las tinieblas.

Sin regresar a ver ni atarantarse caminaba el indio. Era indudable que presumía fueranle siguiendo o que el dolor de sus martirizadas piernas no le dejaba huir hacia su choza.

La lluvia es, para los indios, un consuelo. Cuando llueve cantan, ríen y no están tristes; y, sus cantares, monótonos y doloridos, entonces es de escucharlos, ya que se les encuntra un más profundo y apropiado sentido.

Así, el pobre indiecillo, quedó y melancólico comenzó a gemir cantando doloridamen-

te, cual si refiriera sus pesares, quejándose con amargura de su misera suerte.

La lluvia rumorosa, lejana como el ruido de un tropel interminable, caía violenta sobre los verdinegros tejados y las calles. Los chorros de los techos diríanse crecidos arroyuelos.

Torció el indio hacia el campo obscurecido donde el viento bramaba y oíase tan sólo entre las tinieblas el rumor de la lluvia y de las turbias quebradas que bajaban repletas.

Grimaldo, de dos trancazos, estuvo en la otra acera y, detrás de un pilar ocultóse a tres pasos del espiado; quien, sin vacilar un punto, avanzó entre las sombras y perdióse.

Aunque español, aquel conocía, a las mil maravillas, todos aquellos alrededores; así que no se dejó engañar ni amedrentóse. Corrió, cortando el camino, hacia la quiebra y en ella no tardó en mirar como el indio pasaba al otro lado, a pesar de la obscuridad y bravura de las agnas.

—Allí mi fantasma, murmuró y se dispuso a seguirlo.

Así continuaron: el indio con su trotar ligero y pausadito, cortando los senderos e internándose por entre las quebradas; Grimaldo atrás: corriendo a veces, deteniéndose otras y siempre alerta y con los ojos muy abiertos, a fin de no perderlo de vista ni perderse.

Como a las cuatro y media horas de subir cerros y bajar laderas, cuando el cielo comenzaba a despejarse y las estrellas a brillar entre las algodonosas neblinas que alejábanse al Sur; llegaron a la puna frígida y solitaria, donde tan sólo oíase la quejumbre monótona del misterioso Pucu-pucu.

El vienteçillo helado silbando en las ore-

jas de Grimaldo parecía cortárselas. El indio caminaba mas a prisa, trotando ligera y necesariamente.

Ya el lucero del alba, tras los vagorosos y sombríos montes, comenzaba a salir; ya el renegrido cielo se aclaraba en Oriente, con una sonrisa pálida, como destañida. La pampa fría y solitaria se extendía hacia allá; sus ligeras ondulaciones semejabán olas en un mar callandito, sin rumores.

—Dónde diablos vivirá este imbécil?, renegaba Grimaldo sudoroso, enlodado hasta las narices; ya va clareando, saldrá el Sol, es capaz de darse cuenta y..... todo estará perdido!.

Pero el indio seguía, seguía caminando lentamente hacia esos cerros que elevábanse allá, donde la puna parecía oprimirse.

En una enorme piedra que rondando, sin duda, vino hasta allí, se arrebujo Grimaldo y asombróse reconociéndola.

—Diablos!, si hemos caminado más de quince leguas. Estamos sobre las punas de Tomapampall.

Y, como el español parecía conocer aquella puna, gateando llegó hasta una pequeña hondonada y siguió por ella sin preocuparse sino de correr, desesperadamente.

Al cabo de una hora, y bien larga, trepó una cuesta y hallóse cerca a los cerros. El indio había desaparecido entre las abras de una quebrada, internándose en ella.

En aquel rinconcito acurrucada, redonda como un corral de piedras grises, con techo de paja, cónico hacia el cielo estaba una choza, apenas distinta entre la claridad de la mañana.

Hacia aquella dirigióse el indio; y, como su entrada era tan baja que apenas medía

una vara de alto, tiróse al suelo y penetró gateando.

No había nadie adentro. Dos cueros de llama hacia el centro, una manta a listas, una rueca a medio hilar.

En aquel rincón el hogar frío, ceniciento; al pié una olla, un mate sucio con algunos restos de ocas, quizá de por la noche.

El indio, sentado sobre los pellejos, desatóse las enfangadas *osutas*; y, recostando la cabeza en los doblados brazos, que sobre sus rodillas apoyaba, se quedó adormilado.

Apenas dos minutos transcurridos y una india llegó, cántaro al *quipe*, mechosa, de anaco negro y aun chorreada la mugrienta faz y la boca luciendo, en las lechosas comisuras, los restos de la merienda de ayer noche.

Un *chusco* perro color zorro, lanudo, orejas tiezas y ya viejo, había despertado al pobre indio lamiéndole las manos y la cara.

—Ya veniste? Ah Huamancha! temía que te hubiera pasado alguna cosa.

—Mucho si, mucho me ha pasado. *Mama Pacha* aun no me quiere, por eso me vuelves a mirar.

Y y el indio Huamaucha comenzó a referir a su mujer lo que le había sucedido en el pueblo y, cómo de un momento a otro, lo habían puesto en libertad.

—Te habrán venido siguiendo.

—No es tan fácil; los *huiracochas* no saben los caminos, ni suben los cerros como nosotros.

Tranquilizóse la mujer y fué hacia el fogón a prender fuego y parar una olla de *mashuas* y ocas que desenterró del pié del hogar.

IV

Y así transcurrió una semana: Huamancha sin salir de su choza; la india hilando tras de ésta y el perro husmeando siempre el viento y aullando en las noches desesperadamente.

Grimaldo que había dado con la casa no perdía un instante vigilando al indio, merodeando al ruedo de la quiebra, tal si fuese una sombra.

Una noche, en que la obscuridad era absoluta y tan solo a lo lejos parpadeaba la luz rojiza de la choza, Grimaldo acercóse a ésta y, por la rendija de dos mal unidas piedras, miró hacia el interior: Huamancha en cucullas, con un mate lleno de ocas en la mano, comía escuchando la charla de su mujer que, cerca al fogón, sentada sobre los talones, una a una iba sacando humeantes las cocidas ocas y llevándoselas, lentamente, hacia la boca.

La pequeña estancia obscurecida, de vez en cuando llenábase de rojizo resplandor. Probablemente el humo de la *bosta* haría imposible la vida a otros que no fueran sus habitantes.

—Qué feo debe dormirse aquí, pensó Grimaldo, a pesar del frío de la puna.

Aunque el español no sabía hablar quechua, lo había oído tanto, que por familiaridad, sin embargo, entendía algunas palabras y a veces frases íntegras. Así sucedió que mientras él aguaitaba hurtando la vigilancia al perro, entretenido en mirar cómo comían sus amos y aprovechar las cáscaras que le arrojaban, Huamancha le dijo que aquella noche tenía de salir hacia la puna antes de que *Mama Quilla* asomara.

Grimaldo de plácemes, pues que consideraba terminarían sus penurias, rápidamente apartóse de la choza y se situó frente a la puerta, dentro un obscurecido hueco que en el borde de la quiebra había hecho.

No esperó mucho tiempo. El indio Hamancha se puso el poncho y, llenándose de coca un pequeño zurrón de cuero, lo envolvió cuidadosamente y salió.

Negra estaba la noche; las estrellas, lejana y fugitivamente parpadeaban entre las nieblas renegridas. El silencio absoluto, de muerte, tan sólo era turbado por la triste, monótona quejumbre del Pucu-Pucu.

El indio caminaba hacia los cerros donde la pampa se oprimía, desapareciendo, para dar cabida a las renegas moles de otros picachos que, hacia allá, se estumaban entre el cielo. El camino de zorros y de indios emarrones, penoso eulbreaba entre las duras rocas, apenas angostito para verse y, difícilmente, traficarse.

Allá, entre aquel laberinto de erizadas peñas, se perdía. Grimaldo, para no caminar trabajando en balde, como se decía, comenzó a desgarrar unas mazorcas de maíz y, uno a uno, fué dejando caer los granos a fin de que marcasen la dirección que seguía.

Pero la suerte aquella noche, no quiso ser su moza. La india, en un arranque de presentimiento, y cuando ya iba a acostarse, pensó: "Tal vez al marido mío cualquier cosa vaya a sucederle;" y, así diciendo, cogió su rueca e internóse en las sombras de la noche, tras su hombre que al parecer, más adelante caminaba, pues, a pesar de haber pasado tiempo que de casa saliera, ella columbráballo allá, entre las piedras, tambaleante, indeciso, como si temiera que alguien pudiera

seguirlo. La Luña iba saliendo, plateando las altas cumbres de los montes.

El perro, que también acompañaba a la indiecilla, de vez en cuando parábase en el sendero y comenzaba a comersé el maíz que el español iba arrojando. La mujer seguía, caminaba torciendo el hilo que del copo pendía.

—Qué comes, perro viejo? Acaso también las piedras hallan cabida en tu panza?; díjole la india, agachándose para mirar lo que el perro comía.

—Ah!, maíz!; quién arroja maíz tras mi marido?

Y en la obtusa inteligencia de aquella india germinó una idea, y de allí hacia adelante caminó más a prisa, a fin de participárcele a su marido.

Pero que miraba! Aquel que iba delante de ella no parecía ser su marido..... Más allá otra persona, subía lentamente la erizada cresta. Era indudable: alguien iba siguiendo a su marido!

Este, sin embargo, de nada se apercebía y, paso a paso, continuaba ascendiendo hacia la cumbre.

Allí un desfiladero portentoso, un gigantesco barranco que, por lo menos, medía unos cien metros de alto.

—El término del camino se aproxima, murmuraba Grimaldo, viendo como el indio se paraba al pié de aquel y; en el sombrero, comenzaba a vaciar la coca que en el zurrón llevaba.

Paróse el español tras una roca y comenzó a observar lo que el indio hacía.

Hamancha en cucullas y muy seriamente hablada a solas, como dando sus quejas a alguien que allí estuviera y de él se preocupa-

ra. Luego dirigiéndose a la tierra le dijo:—"A tí *Mama Pacha*, a tí, vieja, que sabes darnos las ocas y mashuas que crecen en tus entrañas; a tí te traigo las hojas más redondas de mi coca, para que siempre me sigas protegiendo y no me ocultes aquel tesoro por cuyo secreto estuve a punto de morir a manos de ese perro blanco".—"A tí *Mama Pacha* las hojas más redondas de mi coca".

Y, después de *chacchar* unas cuantas que se sacó del seno, escupió al aire en diferentes sentidos y vació las hojas del sombrero en una hendedura que en el barranco abríase como una enorme boca de puma hambriento.

Y, concluida la ceremonia, caminó hasta perderse tras una roca de donde no salía y el español pensaba estuviera sacando las maravillosas pepitas de oro que habían trastornado al Corregidor.

Con el propósito de cerciorarse, [contemplar por él mismo la famosa boca-mina, avanzó a gatas hasta el borde de la roca y, ansiosamente escudriñó..... Hacia el fondo se extendía un ancho túnel, oscuro, tenebroso..... y al final, el claror plateado de la Luna ascendiendo tras los cerros de una más lejana cordillera.

Todo estaba perdido.

El indio Huamancha, después de ofrendar y pedir protección a los dioses custodios de aquella abra, se metió por ella y se perdió en la amplísima ensenada de *Paccari*, hoyada portentosa, amurallada de erizados montes y en cuyo centro duermen las aguas verdinegras de la laguna *Ushmus*.

Grimaldo, valiente, decidido avanzó hacia la laguna esperando encontrar por allí al indio; pero todo fué en vano; *Huamancha* había desaparecido.

Sin embargo quedaba un consuelo: La mina debía estar en esas faldas, ya que el indio había penetrado hasta aquel paraje. El español regresóse a dar parte al Corregidor.

V

Y he aquí que llegaron al segundo día hasta la puna, y orientáronse luego hacia los cerros de *Paccari*.....

—Por aquí debe estar el maíz que fuí arrojando, decía Grimaldo; quien, por más que buscaba, no podía descubrir un sólo grano; pues que el lanudo *alcco* de *Huamancha*, dió buena cuenta de él la misma noche.

Y es fama que buscaron el sendero tal que si fuera una aguja; y, cuando ya rendidos, repletos de impaciencia regresaron hacia la choza de *Huamancha*, encontraron ésta vacía, solitaria; frío el fogón y como si en él jamás hubiérase encendido fuego.

EL FORASTERO

I

De regular estatura, mozo aun y fornido como un toro, llegó un día al pueblo y en él se estableció.

Todos le miraban con curiosidad; pues su cara forastera, allí donde se conocen por ser parientes, semejaba una extraña máscara en la escena cotidiana de esas vidas simples.

Sin embargo, nadie se atrevía a interrogarle ni molestarlo.

Sus ojos de una negrura como la noche y más vivaces imperativos que el rayo, no lo consentían.

—Será el diablo, decían las viejas santi-
guándose y hechándole cruces a escondidas.

Una mañana, madrugó la nueva de que el forastero se llamaba Felipe y de que, a ma-
ma Nicolasa, viejecita centenaria, le había
salvado la vida en el puquio, donde se esta-
ba ahogando.

No era, pues, el diablo; tenía un nombre
de santo y sabía hacer buenas acciones.

Sin embargo, era forastero. Los mozos
del lugar le miraban de reojo, pues tenía me-

ior facha que ellos, más arrojo y más pulso. Una novillada que se dió en el pueblo para festejar a la virgen del Rosario, les sacó de dudas.

Era las tres y media de la tarde. Después de muchos ajetreos con una serie de novillos delgaduchos y poco entradores, salió por fin un torito negro, fachoso y de relumbrantes ojos.

Recorrió la plaza en todos sentidos, limpiándola de curiosos; de los cuales, los que no podían trepar hacia las cercas y tapias, se tiraban al suelo y así permanecían hasta que el toro pasaba.

No hubo un sólo pueblano que le *hiciera cara*; los unos a los otros se echaban el *pique* e intertanto el torillo, señor y dueño del cerco, se estaba quieto al medio, dándose con la cola por los flancos.

—¡No hay hombres! vociferó un borracho y se lanzó hacia el bicho.

El torillo avanzó unos pasos y, fieramente, hendió el suelo con las duras pezuñas arrojándose la tierra hacia los ijares.

—¡A la *cancha*! gritaron aquellos, a la *cancha*, a la *cancha*!! y, siguiendo al borracho, se descolgaron de las tapias.

Esto, al parecer, esperaba el torillo; pues dando un hocicazo al ebrio lo tiró de bruces y siguió, en desenfrenada carrera, hacia la cerca donde los otros, atolondradamente, trataban de escapar.

El bicho, inyectados los ojos y baja la serviz; tesas las musculosas piernas y enarcado el reluciente lomo, apretaba fieramente a un hombre contra la cerca y magullaba, dando de pezuñazos, a otro que intencionalmente se dejó caer en busca de refugio.

Todos gritaban: mujeres y hombres a cual más clamando; pero nadie se prestaba al salvamento.

Un hombre, de repente un hombre se abrió paso entre la multitud y se acercó al torillo. Lo tiró de la cola torciéndosela; y, cuando el bicho lleno de furia regresó contra él, prestamente tomándolo de los cuernos lo hizo rodar por el suelo.....

II

—¡El forastero! fué el grito unánime que se escapó de todos los labios.

Efectivamente era Felipe. Llegaba en aquel momento a curiosear la fiesta y se encontró con que el torillo hacía de las suyas.

—¡Bravo, bravo!! gritó la multitud y las palmadas rompieron a volar como millares de alas.

Todos: viejos y mozos lo rodearon felicitándole.

De esta suerte Felipe no fué ya tan forastero. Los viejos le contestaban, cariñosamente, sus saludos y los mozos y mozas, risueños y plenteras.

Una tarde, muriente el Sol tras los picachos y a la hora en que los rebaños se recojen hacia los rediles, Felipe vagaba por los alrededores del pueblo sin saber qué hacer y desaburriéndose de la vida que llevaba.

Allá, ladera abajo, vió que una pastora corría tras las sucias ovejas que, sin obedecerle, se le desbandaban hacia la vecina falda.

Corrió Felipe y, tras mucho bregar, logró detener el rebaño.

—¿Cómo te llamas pastorcita?, le preguntó a la *huambra*.

—Rosalía, *tayta*, hija de ño Conce Poma y servidora suya.

—Eres hermosa y bien hablada; siempre bajas por este camino?

—Si tayta, mi padre me lo manda.

—¿Querías que te espere aquí? seremos buenos amigos.

—Dice mi taita que los forasteros son malos.....; no digo que tú lo seas, pero así dice mi taita.

Felipe intertanto se había acercado a la pastorcita que, azorada, permanecía de pie sobre una roca.

Hecho girones el destañido *anaco*, por cuyos claros se asomaba el mordere faldellín; con un ligero *quipe* hacia la espalda y el sombrero semejante a una mohosa y despostillada campana sobre la negra mata de sus cabellos que, en dos trenzas, le caían a ambos lados de la nuca; la rueca en la mano y un renegrido copo de lana en la cintura; descalza, rolliza y de facciones bellas, aunque cobrizas, la *huambra* era un tipo perfecto de belleza indígena.

—No somos como ño Conce nos pinta ni como tú nos crees, hermosa, la dijo Felipe.

Y luego le contó cómo él era huérfano de padre y madre; cómo andaba rodando por el mundo en busca de una felicidad soñada y nunca vista y cómo allí pensaba quedarse si encontraba a alguien que quisiera detenerle.

Rosalía le escuchaba entre boquiabierta y uraña. Era indudable que a medias le entendía; que hubiese querido huir de Felipe y también quedarse a su lado eternamente.

Confundida hasta el punto de no saber dar un paso, pasaba y repasaba los nerviosos dedos sobre la torcida cuerda de lana que pendía del copo; y, ni por toda la coca del mundo; se hubiera atrevido a mirarle cara a cara.

—Tú eres hija de ño Conce; si le conozco, continuó Felipe. El fué el primero que en la

novillada del rosario me tendió la mano felicitándome..... Dí a ño Conce que su buen amigo Felipe le manda muchos saludos; que iré a visitarlo en estos días.....

Y se alejó corriendo hacia la falda opuesta..... Como un gato montés trepó las empinadas rocas, saltó los precipicios y, cuando el Sol volcaba el ánfora misteriosa de sus divinos tintes, se le vió arriba..... como un dios nimbado.....; sobre el alto picacho, sudorosa la frente y revuelta la negra mata de sus cabellos lacios.....

Rosalía le miraba complacida, sonriente y casi temerosa;—de buena gana hubiese corrido hasta alcanzarle.....

III

Desde aquella tarde comenzó para Felipe un rosario de días placenteros.

No bien el Sol tendía hacia el ocaso; no bien le miraba enrojecido, cuando ya se ponía en camino en busca de su adorada pastora, pues que, poco a poco, la había cobrado cariño.

Y bajando la encontraba como la vez primera: con sus ovejas sucias por delante, sonriente y cantando una tonadilla triste y monótona como los cerros.

Una tarde, cuando más ansiaba contemplarla, pues que quería decirle todo su cariño e ir a pedírsela a ño Conce para hacerla su mujer, esa tarde no la vió bajar.....

Las ovejas mañosa y retrasadamente venían solas.....; ella no estaba.

Corriendo, con el corazón en la boca y un ruido infernal en los oídos, trepó al picacho más alto y escrudriñó la sima.

Nada....., nada.....; Rosalía no estaba; las ovejas llegaban solas! !

Como bocina, sus amplias manos fueron puestas y gritó hacia la cumbre, la quiebra y el valle: Rosalía..., Rosalííííaaa, Rosalííííaaa!! Y tan solo las oquedades de los cerros contestaban, repercutiendo de falda en falda y de picacho en picacho, el desolado grito de Felipe.....

Allá, un gigantesco cóndor, como una mancha negra resaltaba sobre lo azul del cielo; allá, pausadamente, enarcando las alas, se ausentaba hacia el borroso confin del horizonte.....

Felipe, sobre el enhiesto picacho, miraba siempre y tan sólo miraba a todas partes.....

El sol enrojecido como la irritada pupila de un monstruo en acechanza, lenta e irremediabilmente descendía.

Recortado su disco por la cumbre, sembraba una media luna de sangre.

—¿Dónde estará? Sonriente, con su cara de fiesta pasó hacia la puna esta mañana. ¿Cómo será posible que no regrese, cuando sabe que la espero, que ni una sola tarde he dejado de esperarla? No....., imposible.....; algo debe de haberla pasado..... Seguiré el rastro de las ovejas y, mientras haya luz y vida en mis ojos, caminaré hasta encontrarla.....

Y esto diciendo, Felipe bajó el escarpado risco y encaminóse hacia la quiebra por donde habían venido las ovejas.

—Aquí sus rastros, dijo, y, con el sombrero en la mano, echó a correr cuesta arriba en busca de su adorable pastorcilla.

La noche estaba ya, como ave negra; cerniéndose sobre las cenicientas cordilleras. Las sombras que proyectaban éstas, cayendo sobre las hondas vegas, las tornaban pavorosas e informes.

Felipe continuaba corriendo....., corriendo y corriendo sin cesar.

Un aullido doloroso, lejanamente se oía.....

Felipe al percibirlo se paró de golpe y, conteniendo la respiración, escuchó.....

El supremo silencio de la puna tan solo era interrumpido por el viento que se hacía jirones entre los pajonales rumorosos.....

—¿Dónde aullará ese perro?

Felipe, aun más desesperanzado continuó corriendo.

Las estrellas ya se habían asomado. Miraron en un cielo añil profundo, aquí y allá parpadeaban como somnolientas.....

jilhuatl! volvió lejanamente a percibir-
se el eco de un aullido y, claramente, otro y
otro que, doliente y pavoroso repercutió en
el corazón de Felipe.

No había duda, hacia aquel lado aullaba
Puen, el fiel compañero de Rosalía.....

Desesperadamente entre las sombras y sólo al resplandor de las estrellas continuó corriendo..... y corriendo hacia donde le parecía que aullaba *Pucu*.....

El suelo, fuguítivamente se escapaba de sus plantas. Algodonoso y sordo, ya no re-tumbaba bajo sus hercúleas pisadas.....

Paróse de repente; sus temblorosas piernas se doblaban bajo el cansancio de su maciso cuerpo.

Hizo bocina con sus manos y llamó: ¡Too, toooo, tooo!! to, too, tooo.....!!

¡Oh, ooh, ooh! repercutieron los gritos en los cerros y el silencio siguió impasible a tanta desesperación.....

Felipe continuó corriendo.....

Su garganta seca, seca como un trozo de
zucla, penosamente le silbaba..... En su boca

el acibar había desleído todos sus amargores.....

—¡Huauuu!! se volvió a oír el aullido de *Pucu* ya mas cerca.....; y, en el misterio de la noche se oyó lejanamente el lúgubre cuanto tristísimo grito del animal.....

Felipe, haciendo un supremo esfuerzo de energía, continuó corriendo.....; más, apenas había dado unos cuantos saltos, cuando *Pucu* vino hasta él con grandes muestras de alegría, resoplando el aire por las narices, dando pequeños gritos y lamiéndole las manos.

—¿Dónde está ella, Rosalía?, le preguntó Felipe.

El perro como si entendiera, cesó de hacerle cariño y se encaminó hacia las sombras, donde al parecer la noche tenía su madriguera.

Era una amplia y negrísima boca de abismo.....; el lejano y murmurante rodar de un río, apenas se dejaba oír.....

—¿Dónde está Rosalía.....? angustiosamente preguntó Felipe. Y entonces *Pucu*, parándose al borde del abismo, lúgubre, melancólicamente aulló, por toda respuesta

Felipe comprendió todo y, a tientas hacia la negra sima, avanzó.....

Era una abra filuda, un saliente de roca sobre un abismo lóbrego e infinito como el alma de la noche.

Se echó de bruces sobre el suelo y avanzó hasta la orilla.....

Allí, allí estaba.....

Era indudable que se había rodado.

—Rosalíííííaa...!, Rosalíííííaaaaa!! llamó Felipe.....; y sólo el eco sordo e infinito contestó.

Más he aquí que tiembla el suelo y, estrepitosamente, se desploma..... Espantoso silencio.....; luego el fragoroso retumbar de la

roca..... seguidamente el eco..... y después, nada.....

IV

Ténueamente el cielo se aclaraba. Las estrellas, como un reguero de diamantes brillaban aquí y allá como cristalinas y temblorosas gotas de rocío. La Luna iba saliendo lívidamente pálida, tras los altos picachos del oriente y bañando la desolada cordillera, con el crema silencioso de su luz cadavérica...

.....
Pucu, sentado sobre las patas traseras al borde del precipicio, le aullaba dolorida, tristemente, como pidiéndole protección..... Su sombra largamente se proyectaba hacia el abismo.....

Ya no tenía con quien consolarse de sus tristezas.....; tan sólo le restaba llorar, aullar desoladamente al borde de la tumba de quienes supieron amarle.

¡¡Huauuu!! volvió a aullar lúgubrementemente hacia la Luna blanca como un lirio, en la pradera azul-obscura de aquel cielo florecido.....

YPANAQUE

*A mi Samaritana,
cariñosamente.*

En las inmediaciones del Alto de la Chiroca existía un hermoso y frondosísimo bosque de sauces, tamarindos y bejucos al que solo se podía penetrar por un estrecho sendero, separando aquí y allá las ramas que cerraban el paso y dejando entre las espigas de los *uñagatales* jirones del capús o la camisa.

Palacio que podía ser de ruiseñores, chirocas, zoñas o calandrias, diligentes ollereros, parleras urracas y galantes cuculíes, sin embargo este bosque era el más triste y deshabitado de los alrededores del Alto de la Chiroca, en el único que al *rayar el Sol* no se le elevara un himno de gloria y entusiasmo, ni se oyeran repiquetear las alas de las palomas al ascender en línea recta hacia los cielos.

Una que otra vez, y cuando en los pequeños *chopecillos* que lo rodeaban se oía el grito de alarma de alguna zoña que al parecer forcejeaba por deshacerse de quien tenía la prisionera, las urracas primero y bandadas de zoñas después lo invadían tumultuosa-

mente, con enorme alboroto y presas de gran excitación como si pidieran auxilio. Los altochiroquenses, entonces, poníanse a deliberar si era posible, o en su oportunidad podía serlo, aumentar la ración de huevos y leche que todos ellos tributaban para que la hermosa Ipanaqué fuera a ofrendar al enorme macanche que habitaba en un hueco de algarrobo en el bosque y al cual el hambre había hecho madrugar a los chopes vecinos en busca de caza.

—El macanche, decían, nos cuida nuestras chacras, es el señor del bosque y la laguna que jamás se secan y, sobre todo, el único que se preocupa de velar por la noche nuestros corrales, como grande enemigo que es del zorro.

Y al final de cuentas los altochiroquenses acordaban aumentar la ración en una docena más de huevecillos y unas cuantas *chiculas* de leche que, al siguiente día, Ipanaqué se encargaba de introducirle al bosque por el estrecho sendero que sólo ella transitaba; ya que los uñagatales y bejucos acostumbrados a su presencia plegaban sus espinas los primeros y desenredaban sus zarcillos los segundos a fin de tenderse en el suelo y sentir el suave contacto de sus pies menudos.

Crecieron los tributos, el tiempo trascurrió e Ipanaqué transformóse en mujer de talle esbelto, senos duros que el *capús* se resistía a cubrir completamente y negra cabellera flotante y esparcida sobre la bronceína espalda al descubierto, en cuya brillosidad la luz del Sol fosforecía. El macanche, más viejo, ya no solía excursionar por los alrededores, se acentuaban los daños y robos de por la noche, los pájaros comenzaban a poblar el verde y oloroso bosque.

Ipanaqué, sin embargo, con la misma solicitud se acercaba a la choza de cada familia, recogía el tributo correspondiente y se internaba en el bosque en busca del dichoso; a quien encontraba tendido al sol, sobre un añoso sauce que al caer dejó un claro en el bosque o bien envuelto sobre sí mismo en enorme espiral, reposando su achatada cabeza en el último anillo, desde donde seguía el vuelo de las aves que tramontaban el espacio hacia otros bosques.

Un silbido estridente era el saludo de bienvenida, la dulcificación de la fría y viscosa mirada al sentir los mismos de Ipanaqué sobre la escamosa cabeza, la prueba de la vieja amistad que se guardaban.

Venían luego los alimentos, el recorrido o paseo por el bosque en el lomo del grande amigo, el baño en las frías y renegridas aguas de la laguna, el juego y el amor.....

.....Porque Ipanaqué desnuda, como una Venus de bronce sobre el manchado y reluciente lomo de *macanche* que surcaba las dormidas aguas, se dejaba llevar hacia lo más espeso y enmarañado del bosque, donde sólo filtraba la luz al través de las verdosas aguas y en donde aquel, recogiendo sobre sí mismo en espiral, la dejaba sitio para que ella se introdujera entre sus anillos y le pusiera la cabeza entre sus sonos duros como las *huanábanas* en sazón, suaves y olorosas a las orquídeas y tacones del bosque.....

Muchas veces Ipanaqué saltaba alegremente en presencia del monstruo ya enroscado, se acercaba coquetonamente a darle palmaditas en la voluminosa cabeza y, esquivando, retirábase unos pasos a pararse recta sobre las puntas de sus pies menudos, duras y enardecidas las morenas carnes, bravos los senos

erguida la cabeza y los brazos hacia arriba en anhelante posesión. El animal entonces se desenroscaba lentamente, avanzaba y envolvíase en sus contorneadas piernas, palpaba la sedosa y tibia morbidéz de su talle, ceñíase en él en un supremo lazo; vacilante, como embriagado escondía su cabeza entre la renegra cabellera, subía pausado hacia los hombros, donde también se envolvía, y continuaba ascendiendo hacia los brazos.....

Ipanaqué desfallecía entonces, y húmedos y anhelantes sus dormidos ojos de azabache se cerraban sombreándose aún más las violáceas ojeras que los rodeaban.....

¿Cuánto tiempo duró este amor? ¿así fué siempre?

La escueta tradición lo termina así:

Ipanaqué llegó a tener hasta diez novios por quienes no llegó a conservar ningún afecto ni decidirse por alguno. Lo cual trajo como consecuencia que en el pueblo se comenzara a murmurar, y uno de los más intrépidos, con el objeto de averiguar el misterio que la esquividad de Ipanaqué comprendía, se aventuró en el bosque en su persecución y fué a dar precisamente donde ella, después del baño, "*se dejaba poseer por el gran macanche*".

La nueva cundió por el pueblo como aceite, y cuando al siguiente día Ipanaqué penetró al bosque, aquel se reunió en gran asamblea y acordó incendiarlo.....

Un enorme círculo de fuego coloró el espacio, gigantescas llamaradas embravecidas y crepitantes como informes serpientes lamieron los contornos del hasta entonces sagrado santuario del macanche, y cuando todos creían que en el corazón de la enrojecida fogata Ipanaqué estuviese purgando su delito, un agudo y penetrante silbido se dejó escu-

char entre el bramido de las llamaradas y el gran monstruo apareció entre éstas terrible y amenazador, llevando en alto, delicadamente ceñida del desnudo talle a aquella desmayada, y desapareció después como el rayo por entre los verdes camotales del río que, de entonces, cambió de curso y se recostó hacia los algarrobales de Casaraná.....

Notas explicativas de los vocablos quechuas

A

Achachay.—int. Qué horrible, qué espanto!; qué frío; qué hielo!

Allco.—nom. Perro.

Amapula.—Amapola.

Anacu.—nom. La saya de nuestras indias serranas, de manga corta, en forma de *kimono*.

Atoj.—nom. Zorro.

Au.—Adv. Sí, afirmativamente.

Auquillo.—nom. Abuelo, antepasado.

Apu.—Gran señor. Título de dignidad.

B

Bosta.—nom. Excremento del ganado vacuno, lo secan al Sol y sirve para hacer fuego, en los departamentos del Centro. En el Sur es denominado *carka*.

C

Capuz.—nom. Vestidura talar negra, sin mangas, que usan las indias cataquenses y huancaínas.

Cepo.—nom. Instrumento de castigo formado por dos maderos de 3 a 4 metros de largo y 50 ctmros. de ancho cada uno. Puestos uno en el otro, por sus falcatas más delgadas, se horadan éstas en aberturas circulares que distan unas de otras 30 centímetros. En medio tiene una perforación más ancha.

Cocuyo.—nom. Insecto nocturno, muy luminoso. En algunas provincias lo llaman *ojoemuerto*.
Conce.—nom. Del nombre Concepción; pronuncian abreviando *Conce*.
Cocha.—nom. Laguna. También pronuncian *Cjocha* o *Kocha*.
Cosha o culla.—nom. Nido.
Cotuncho o culuncho.—Sin cola. Se califica así a las aves que carecen de dichas plumas.
Cuchi.—Cerdo.

CH

Chacchar.—Sentarse a escojer y masticar coca, cal viva y ceniza de quinua.
Cha.—Partícula que pospuesta al nombre sirve para formar el diminutivo. Tiene el mismo valor que en castellano *ita* o *ito*.
Chaccta.—nom. Aguardiente caña.
Chope.—nom. Pequeño bosque.
Chicula.—nom. La mitad del calabazo o mate alargado que sirve para beber. Departamento Piura.
Chiubchi, chucchi o chuchi.—Dicen, cariñosamente, los huancas a los pequeños. **Chiuchi.** nom. Pollo pequeño pelón.
Chuncho-huayta.—nom. Flor amarilla, silvestre, parecida a la manzanilla, pero mucho más grande.
Chusco.—adj. Ordinario, de poco valor.

H

Huayta.—nom. Flor.
Huahu.—nom. Hijo, toda cría de animal.
Huanábana.—nom. Fruta así denominada, muy parecida a la chirimoya, sin las protuberancias de ésta.
Huamra, huambla o huambra.—adj. Joven, muchacha.
Huatrehuco.—nom. Pequeña faja de colores, primorosamente tejida, se usa como cinturón.
Huiracocha.—adj. Señor, caballero.
Huayno.—nom. Danza retozona, ligera y sentimental. La Marcha de Carnavales tocada este año es un *huayno cosechero* del Centro, con ligeras variantes.

L

Lapa.—Cierta planta que produce una fruta gigante, achatada, de cincuenta a cien centímetros de diámetro, la cual usan como recipiente para lavar.

LL

Llama.—nom. Rumiante. La bestia de carga de nuestros serranos.
Lliella.—nom. Manta cuadrilonga, galanamente bordada de toda clase de flores y cenefada por todos sus lados con seños de seda. La usan para engalanarse en los días feriados, las mujeres.

M

Macanche.—nom. Ofidio venenoso, tan grande como una serpiente. Departamento Piura.
Mama.—nom. Madre, vieja, anciana.
Mamanma.—nom. Abuelita.
Mamaseñora.—nom. Abuela.
Mana.—adv. No.
Mashuas.—nom. Tubérculo de puna, muy sabroso, de cáscara amarilla, roja o morada.
Mama Quilla.—nom. Madre o Diosa Luna.
Mama Pacha.—nom. La Diosa Tierra o Madre Tierra.
Montera.—nom. Gorro punteagudo, de borla, tejido primoroso a listas, ajedrezado o representando escenas familiares. Lo usan los indios del Cuzco.

O

Oshotas o oshutas.—nom. Sandalias.

P

Pata.—nom. Cerro.
Paccari o Pajari.—Mañana, por donde sale el Sol.
Pichi.—nom. Perro.
Pishcoreta.—adj. Pespita, marimacho.
Pilo.—nom. Montón, troja.
Pincullo.—nom. Flauta de carrizo.
Pirhualla-pirhua.—nom. Danza nupcial, voluptuosa y picaresca.
Pongo.—nom. Sirviente semanero.
Pucu.—nom. Lechuza.
Pucu-pucu.—nom. Ave misteriosa de la puna.
Puchca.—nom. Horquilla de madera en que envuelven la lana que hilan, rueca.
Pulla.—nom. Manta cuadrada, a listas o ajedrezada con que se hace el quipe o abriga la espalda.

Q

Quipe.—nom. Envoltorio hecho con el *pullu*; en él llevan el fiambre, la venta y la *huahua*.

S

Sentó.—Afiló. Sentar el machete, componerle o sacarle filo.

Shucshu.—nom. Varilla para torcer el hilado. Huso.

T

Tayta o Tata.—Padre, señor, brujo o hechicero.

Tapau.—Entierro.

Taytay.—Mi amo, mi padre o señor.

Y

Yacus.—nom. Pequeño río de Jauja.

Yana-Marca.—nom. Hda. de Jauja, perteneciente al Colegio de S. José de Jauja.

U

Unca.—nom. Camiseta larga.

Ushmus.—nom. Laguna de Huancavelica.

Uñagato.—nom. Planta de la familia de la sensitiva; plega sus hojas al ocultarse el Sol o cuando se la toca.

V

Vichaira.—nom. Cocina manuable de arcilla de dos o tres fogones.

Encarecemos a nuestros agentes, que al escribirnos, por cualquier asunto relacionado con nuestra empresa, adopten solamente la siguiente dirección:

Biblioteca Popular
"Hogar"
APARTADO 906
LIMA

SE ACABÓ DE IMPRI
MIR ESTE LIBRO EL
V DE AGOSTO DE
MCMXXIII, EN LA IM
PRENTA "EUFO
RION", DE LIMA

LAUS DEO

BIBLIOTECA POPULAR "HOGAR"

EDITORIAL DE OBRAS PERUANAS

Director: César Torres Benavides

Dirección: Casilla 906, Lima, Perú

JUICIOS CRITICOS

que a la Prensa limeña le mereciera la
publicación de nuestro segundo volumen:

Los Silencios de la Vida



escrito por el joven
literato cajamarquino

DIEGO CAMACHO

Coleccionando nuestros volúmenes,

De "La Reforma" del viernes 6 de julio de 1923:

Notas bibliográficas.—"Los Silencios de la Vida"

Nuestro compañero Diego Camacho ha entregado al público un precioso libro de cuentos cortos, todos ellos de un corte sencillo y armonioso. Camacho no ha podido, ni lo ha querido seguramente, disimular su fino espíritu de poeta; en cada página, en cada pasaje de este libro, que en su título mismo encierra todo un poema, vibra un lirismo intenso y suave que deja una tierna emoción de retornos infantiles, y, aunque en cada motivo hay diluida una tragedia que en lo humano puede ser muy amarga y cruel, dentro de la inspiración del poeta tiene toda la belleza de una tierna rosa deshojada. Diego Camacho hace muy bien en hacer sus altos y escuchar, cordial, los Silencios de la Vida.

De "El Comercio" del miércoles 4 de julio:

Libros nuevos.—"Los Silencios de la Vida", por Diego Camacho

La Biblioteca Popular "Hogar" acaba de poner a la venta un interesante libro del joven autor Diego Camacho, que ha venido distinguiéndose, en nuestro ambiente literario, como cuentista de fuerte originalidad.

Este nuevo libro, que lleva el sugestivo título "Los Silencios de la Vida", es una recopilación de cuentos de ambiente muy nacional, escritos en un estilo diáfano, sin torturas mentales y con una simplicidad muy real, que es donde estriba su mayor mérito.

Adorna la carátula una elegante y simbólica tricornia.

biblioteca esencialmente peruana,

formará usted, con poco dinero, una

De "Variedades" del sábado 7 de julio:

Libros nuevos.—"Los Silencios de la Vida"

Diego Camacho es entre los jóvenes de la generación que se inicia en las letras, uno de los que promete cosecha ópima y abundosa. La atrayente Biblioteca Popular "Hogar", ha dedicado su segundo volumen a la obra "Los Silencios de la Vida", de Camacho, aromado conjunto de cuentos y pequeños poemas en prosa, en los que se vislumbra al autor de futuras obras de fuerte envergadura.

La nota saltante de este interesante libro es la sinceridad con que el autor nos cuenta sus impresiones a través de sus personajes, un poco desdibujados algunos y algo falsos en su manera de expresarse en términos literarios, convencionales, que rara vez relampaguean en la cotidiana charla: pero en lo que no falta cierto toque de vida que los hace simpáticos al lector.

Hay emoción en muchas de las páginas de "Los Silencios de la Vida", pero la prosa en que están escritas se resiente de cierta dureza, de falta de alio, notándose, también, en ella el abuso del adjetivo, falta en la que caen casi todos nuestros escritores.

Camacho, con mayor espíritu de observación y tratando de no reflejarse el mismo en los personajes de sus fábulas, sino entrando en el mundo interior de los tipos que intenta centrar, es posible, que llegue a facturar obra seria. Tiene una inteligencia elástica y sabe poner sentimientos en las páginas que pergeña.

Lleva la obra que comentamos ligeramente, un prólogo del lirida Alberto Ureta y un brevísimo juicio del notable ensayista nacional, doctor Ibérico Rodríguez.

De "Mundial" del viernes 13 de julio:

"Los Silencios de la Vida", por Diego Camacho

El autor de "Los Silencios de la Vida" es nuevo en el campo de las letras. Una que otra composición pu-

pues nuestras firmas son nacionales.

Entre todas las ediciones que actual

blicada en esta revista y en algún cotidiano, le dieron a conocer de unos cuantos como espíritu tranquilo, suave casi místico; pero la generalidad ignora qué es lo que ha hecho y qué es lo que puede hacer Camacho, en el porvenir.

"Los Silencios de la Vida" es una recopilación de cuentos de la primera hora del escritor. Son las manifestaciones que no sirven más que como punto de referencia en la carrera de la vida de un artista. No tienen otro significado como motivos para la crítica; pero, en cambio poseen valer para seguir el desarrollo de las facultades del escritor cuando ha llegado la hora de justipreciar el íntegro de la producción de quien merece tal cosa.

Los cuentos de "Los Silencios de la Vida" tienen ambiente. El colorido es de aquellos que fácilmente penetra en la imaginación del lector; pero en la trama de ellos Camacho se manifiesta algo pesado, algo deslizado. Le falta agilidad, le falta ese poder de contar en pocas palabras, las precisas, la acción y de matizar el ambiente con breves, pinceladas, aquí sería con breves frases, ceñidas, matemáticas, que hacen dar valor al cuento por triste que sea el argumento de él.

Más teniendo en cuenta que "Los Silencios de la Vida" es el libro de la iniciación, la recopilación de los primeros pasos del escritor, hay que sentirse satisfecho del esfuerzo que representa. Muchos que ya terminan en la carrera de la vida literaria han concluido en el grado en que Camacho empieza a hacer la suya. En el futuro, con la experiencia, con el mayor estudio, con la mejor observación y el mejor acatamiento a reglas que no se pueden evitar por ser de buen gusto, de plenitud estética, Camacho dará mejores frutos y entonces tendrá ocasión de verse apreciado unánimemente como buen artista.

De "El Tiempo" del sábado 7 de Julio:

"Los Silencios de la Vida", por Diego Camacho

La Biblioteca Popular "Hogar", de la cual hemos tenido ocasión de hablar antes de ahora con motivo de la publicación de un libro del notable alienista señor

nuestra se destaca por el valor de sus

mente aparecen en la República, la

Hermilio Valdizán, acaba de dar a la estampa un segundo libro titulado "Los silencios de la vida", compuesto de una serie interesante de cuentos y cuyo autor es el joven e inteligente escritor señor Diego Camacho, conocido dentro del periodismo local por sus frecuentes colaboraciones.

Los cuentos contenidos en el interesante libro "Los silencios de la vida", son los siguientes: "La confesión", "En amoríos se va el amor", "El hombre rico", "El can-can", "La bandera", "El admirador de Lord Byron", "De Sevilla al misterio", "El cuadro de la desolación", "Fray Luis", "La Sonámbula", "La princesa etérea", "El alma del rondín", "El espejo", "El divorcio de don Abel". Contiene, además, una nota del autor y dos valiosos juicios críticos de los doctores Ibero y Ureta, catedráticos de la universidad de San Marcos.

Para que se pueda apreciar el espíritu que informa la labor primeriza de Diego Camacho y no obstante esto laudable, tenemos el agrado de reproducir un párrafo de la nota a que hemos hecho alusión: "Quiero hacer constar que este libro es el fruto de la observación de una vida ampliamente vivida, de una existencia desnuda y sincera a la que no ha sido extraño el dolor hondo y cruel, pero rica también en supremos optimismos; alentada de una enorme fe en el porvenir estupendo de los hombres, en la aurora triunfal que dora las cúspides humanas y empeñada en que la civilización sea menos turbia y se parezca más al agua clara de la naturaleza".

Tal lo que expone Diego Camacho para justificar o mejor dicho para concretar la razón de su paciente labor literaria.

Por lo demás, los cuentos de este joven autor caracterízanse por la sencillez con que han sido concebidos y escritos, sencillez que a la vez, contiene una fuerte dosis de emoción. Todas sus narraciones, en efecto, son pedazos de vida vivida anteriormente y, por lo mismo, este joven escritor es digno del mayor estímulo para que siga adelante su labor. Seguramente, en lo sucesivo, nos dará otro libro de mayor aliento que éste. Esto no le decimos a humo de pajas. Los cuentos que acabamos de leer descubren a ese escritor futuro de temperamento fuerte, de visión clara, de honda sinceridad.

La biblioteca "Hogar" procede muy bien al publicar libros como éste, que, seguramente, van a ser leídos por todos. Primero fué el volumen interesantísimo del doc-

firmas, prolija impresión y economía.

Solicite nuestros tomos a los libreros

tor Valdizán. Ahora es el de un joven lleno de fé y esperanza en sus facultades. "Los silencios de la vida" será leído por todos, por que está compuesto de relatos sacados de la realidad de nuestra propia vida.

J. R.

De "La Crónica" del sábado 7 de Julio:

La Hora que Pasa.—"Los Silencios de la Vida"

Ha llegado a mis manos la obra de Diego Camacho "Los Silencios de la Vida". La he leído con particular interés. Hay estancias de ella que llegan a conmover, por la sinceridad y emoción que el autor ha puesto en muchas páginas. Se adivina al leer estos pequeños cuentos y el bosquejo de comedia con que empieza la obra, que el espíritu que los ha esquiado es de fina envergadura nerviosa; hay incubado en él un futuro escritor de fuste; por su puesto, siempre que canalice sus energías en cierto sentido, por el sendero al que le conduzcan sus aptitudes, uniendo a las capacidades con que le dotó la naturaleza una fuerte bien cernida cultura, ya que no hay veneración espontánea, ni producción en la que no intervenga la semilla de los buenos libros, el contacto espiritual de los escritores proceres, contacto que suscita bellas imágenes, produce un tumulto de pensamientos en el cerebro, y se efectúa a través de las obras de éstos.

En Camacho hay madera de escritor, pasta de literato; pero la verdad su obra, por apresurada, por no haber intervenido la meditación en ella, no nos ha convenido mucho. Hay que pensar siempre que tras largos y penosos esfuerzos en que los frutos se cuajan mejor, son más óptimos. Le falta diafanidad y soltura a su prosa, un poco lenta, algo pesada; los adjetivos, muchos de ellos por su vulgaridad y simplicismo restan méritos a la narración. Lo original, lo inédito, en sensación, en descripciones, rara vez se hace presente en este libro. Desdibujados nos parecen casi todos los personajes, incoloros. En todo cuento, en toda fábula hay que buscar siempre que el ente que encarne el rol central sea un ente

Tenemos lectores no tan sólo en Lima;

y agentes que nos atienden en el país.

de excepción, lleve un mundo adentro, para que del choque de este ente con el medio surja la acción vigorosa, impresionante; o viceversa, el personaje, en distintos pasajes de la fábula refleje estados de ánimo que subyugan, que chorreen un poco de belleza, que haga vibrar las fibras del corazón o invite a pensar por cima de los menudos intereses de la vida cotidiana. Dentro de la vida burguesa misma, se pueden captar tipos dignos de la novela o el cuento; o hallar escenas, situaciones que se presten a narrarlas y esprimir de ellas jugo de belleza, jugo de verdad, jugo de vida.

La prosa de Camacho se resiente por falta de color, de movimiento, de dinamismo y su léxico nos parece exiguo.

Procure antes este espíritu alerta a todo lo que signifique culto de la belleza por la belleza misma, adentrarse un poco más en el idioma y apresado este poderoso medio de expresión, recaudadas abundantes observaciones, escogidos los tipos que mejor se presten a la acción novelesca, emprenda la labor de hacerlos palpitantes en las páginas de un libro, donde a la belleza de las descripciones es una la fuerza de los tipos en movimiento, en hesitación, en aversión, subrayando aquellas manifestaciones, aquellos hechos que hagan resaltar mejor su psicología.

Estas breves observaciones nos permitimos formularlas, porque sabemos que Camacho las va a aceptar por sinceras, por francas y porque tienden a que este novel escritor, lejos de todo apresuramiento baldía, inútil y contraproducente se dedique a facturar obra de aliento, firme, sólida, después de haber vivido un poco, conocer el mundo de cerca, saber como muerden los hombres y como hiere el destino y como salva entre mordeduras y ponzoña, la fe en uno mismo y en el ideal que tanto seduce a Camacho. ¡El Ideal! Inconcreto, flotante, vaporoso ideal al que todos queremos asirnos olvidándonos que nuestros pies huellan polvo y barro y nuestras alas no tienen el poder suficiente para alcanzar en sus vuelos a ese inconcreto, vaporoso, flotante ideal, que para unos es la justicia, para otros la verdad y para otros la belleza, el amor, quedándonos al final exclamando como Hamlet: "words, words, words". ¡Palabras, palabras, palabras!

URASHIMA.

nuestros libros se leen en todo el Perú.

PQ8497 .C4282 C4



A000005105700

Fuera de colección

REGLAMENTO DE

BOX

APROBADO POR LA

CONFEDERACIÓN DEPORTIVA PERUANA

Formado sobre la base del Reglamento General
de Educación Física del Ministerio de Guerra de
Francia, formulado recientemente, con mo-
delo de los Olímpicos que se celebraron
en París en el año de 1924.



LIMA MCMXXII

El mejor guía
de los que de-
sean practicar
perfectamente
el viril y com-
plicado depor-
te de actuali-
dad

Quedan pocos
ejemplares y
se vende cada
uno, en las li-
brerías, ciga-
rrierías y por
nuestros agen-
tes, al precio
de UN SOL

A continuación se publicará

LA ALDEA ENCANTADA

Colección de cuentos
"inéditos" del ma-
logrado literato na-
cional

ABRAHAM VALDELOMAR

Edición extraordinaria, con prólogo del
notable poeta José Gálvez y profusamen-
te ilustrada en el texto por el inteligente
dibujante Raúl Vizcarra, además de una
artística carátula

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 039453524